

MICHIMALONCO, PEDRO DE VALDIVIA Y EL NACIMIENTO DEL PUEBLO CHILENO

Por Carlos Keller Rueff

Este libro lo copié hace varios años, página por página, de un sitio de internet hoy desaparecido. Mi intervención se reduce a formatearlo, agregar un par de notas y las ilustraciones, tomadas también de internet.

@Patricio Gonzalez Granifo.

Agradecemos a Don Benjamín Olivares Corvera –quien fue amigo personal del autor y le acompañó en la hora de su muerte- la entrega de este texto, y su relevante impulso a la fundación del Centro de Estudios Carlos Keller.

Indice

Prólogo.— La Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua y su labor. Apreciación de las dos primeras obras de la serie “Estampas Históricas”

1.— Introducción.— La “Crónica” de Vivar obliga a revisar los orígenes de la historia chilena. Ella revaloriza al mismo tiempo la “Crónica” de Mariño de Lovera

2.— El valle de Aconcagua en 1530.— Las conquistas incaicas en Chile.— Los peruanos llegaron hasta el río de La Imperial, pero fijaron la frontera a orillas del Maule.— Entre la Angostura de Paine y ese río había una ocupación sólo militar.— El Camino del Inca.— El ejército incaico era abastecido desde Aconcagua.— La explotación de minas y lavaderos de oro.— Los curacas de Aconcagua.

3.— Cambios antes de la llegada de los españoles.— En Quillota residía el inca Quilicanta y en Coquimbo (La Marquesa) el gobernador Anién.— Chile exportaba al Perú oro y turquesas.— Al estallar la guerra civil con Atahualpa en el Perú, Huáscar retira la mayor parte de las tropas peruanas del país.— Se sublevan los promaucaes y recuperan su independencia.

4.— Gonzalo Calvo de Barrientos.— El primer

español llegado a Chile: prepara las tropas del curaca Michimalonco conforme al modelo español.— Se apodera de las tierras de Naglonco en Maipo (Aconcagua Arriba)

5.— La llegada de don Diego de Almagro.— Se le brinda una magnífica recepción en Quillota.— El lenguaraz Felipillo promueve un levantamiento que Almagro domina.— Este regresa al Perú llevándose casi todas las tropas peruanas quedadas en Chile, como también a Barrientos, que se radica en Copiapó

6.— La expedición de don Pedro de Valdivia.— El curaca de Aconcagua de Arriba, Michimalonco, se subleva contra el príncipe Quilicanta y lo obliga a trasladarse de Quillota a Colina.— Induce los araucanos del norte a oponerse al paso de una nueva expedición española.— Dificultades que encuentra don Pedro de Valdivia.— Sólo en los valles de La Ligua (Atepudo) y Maipo (Quilicanta) encuentra aliados contra los curacas de Aconcagua, Michimalonco y Trangolonco

7.— Toma de la fortaleza de Michimalonco.— Valdivia funda Santiago y se dirige contra Michimalonco, conquistando su fortaleza de Paidahuén.— Como rescate para recuperar la libertad, aquel curaca le ofrece los lavaderos de oro de Marga-Marga.

8.— Organización de los lavaderos de Marga-Marga.—Aguirre y Viliagrán visitan los antiguos lavaderos de oro incaicos y establecen su importancia.
— Michimalonco suministra operarios para trabajarlos

9.— El levantamiento araucano.— Trangolonco se subleva en Quillota y mata a los españoles, negros e indios peruanos, escapando sólo Gonzalo de los Ríos con un esclavo negro.— Quema también un bergantín en construcción en Viña del Mar.— Sigue un levantamiento general que comprende los valles de Aconcagua y Cachapoal.— Ataque e incendio de Santiago.— Valdivia conquista una fortaleza de Trangolonco en la cuesta de Zapata.

10.— La reconstrucción de Santiago y consolidación el dominio español.— Desesperada situación de los españoles después de la destrucción de Santiago.— Se restablece el dominio español en los Valles de Aconcagua y Maipo.— Se reanudan las faenas en Marga-Marga.— La casa fuerte de Valdivia en Quillota sobre una Pucará incaica.— Nuevo levantamiento de Trangolonco y Michimalonco.— Hecho prisionero, Valdivia manda a cortar a Trangolonco ambos pies por la mitad.— Michimalonco, desesperado por la imposibilidad de imponerse, huye a Cuyo.— En Septiembre de 1543 llega a Valparaíso el primer buque mercante con abastecimientos y pertrechos.— A fines de ese año llegan los primeros

refuerzos al país.

11.— Aconcagua: un feudo de Don Pedro de Valdivia.— Pedro de Valdivia se concede a si mismo en calidad de encomienda, todo el valle de Aconcagua y emplea a sus indios para explotar los lavaderos de oro de Marga-Marga.— Designa “capitán de justicia” en ese valle a don Diego García de Cáceres.

12.— Michimalonco y el nacimiento del pueblo chileno.— Michimalonco llega en Cuyo a la conclusión de que la futura felicidad del pueblo araucano dependería de su cooperación con los españoles y la fusión de ambas naciones.— Convence a los caciques araucanos de los valles de Aconcagua, Maipo y Cachapoal de su planteamiento y es autorizado para negociar la paz con Don Pedro de Valdivia.— Reunión en el palacio de éste en Santiago.— El convenio entre los dos caudillos.— Agasajos de doña Inés de Suárez a Michimalonco.— Este pone en 1549 un numerosísimo ejército a disposición de Valdivia, para realizar una expedición a la región austral.

13.— La muerte de Michimalonco.— La ocupación del valle del Bío-Bío.— Fundación de la ciudad de Concepción.— Asesinato de Michimalonco en un reconocimiento de Arauco, en la primavera de 1550.— Las tropas de Michimalonco siguen luchando al lado de las españolas.— Ocupación del territorio hasta el

valle del Río Bueno.— la expedición de Villagrán desde Cuzco por Tucumán y Cuyo es salvada por indios de Paidahuén.— Explotación de los lavaderos de oro de Quilacoya y Rere.— La batalla de Tucapel.— En Marihueno caen 3.000 guerreros de Michimalonco

---:---

Prólogo

La “**Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua**” durante la presidencia de don Carlos Keller Rueff, fallecido en San Felipe el 28 de Febrero de 1974, preparó un programa de publicaciones con la participación de diversos socios, denominada “**Estampas Históricas**”

En esta forma, Monseñor Guillermo Echeverría Moorhouse publicó sus “**Noticias de las Parroquias y Doctrinas de San Felipe El Real, Santa Rosa de Los Andes y San Antonio de Putaendo**” y, Carlos Keller dejó inédita y entregada a la institución, dos obras de importancia intituladas: “**Michimalonco, Pedro de Valdivia y el Nacimiento del Pueblo Chileno**” y la “**Historia de Curimón y de su Convento de San Francisco**”.

Anteriormente, diversos miembros de la Sociedad habían escrito otras obras que constituyen un gran aporte a la historia regional, entre las que cabe destacar: “**Glosas de San Felipe El Real**”, de Hermelo Arabena Williams; “**Monografía del Hospital “San Camilo**”, del Dr. Luis Gajardo Guerrero; “**San Felipe de Aconcagua**”, de Bernardo Cruz Adler; “**Estampas Sanfelipeñas del Pasado**”, de Carlos Ruiz Saldívar; “**Solares y Casas de la Villa de San Felipe El Real**”, de Juan Luis Espejo Tapia y otras.

El ensayo de don Carlos Keller “Michimalonco, Pedro de Valdivia y el Nacimiento del Pueblo Chileno” constituye indudablemente una novedad en nuestra literatura histórica. No repite lo que han escrito nuestros grandes historiadores, ni lo que se ha divulgado en los textos escolares.

Hace sólo pocos años se descubrió la “**Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile**” escrita por el arcabucero **Jerónimo de Vivar**, que había permanecido desconocida. Vivar acompañó a Pedro de Valdivia en su expedición de conquista y población de Chile desde el Cuzco, en 1540 (1) y permaneció en el país hasta 1558. Anotó cuidadosamente todos los acontecimientos y las observaciones que hacía sobre la geografía física, la etnología y los hechos que mayormente le llamaron la atención.

Su “Crónica” ha llegado a constituir de esta manera una fuente sin parangón sobre los inicios de la historia chilena. Mariño de Lovera y Góngora Marmolejo, los dos cronistas de la época, llegaron a Chile sólo en 1551; y Alonso de Ercilla, cuya “Araucana” no es sólo poema, sino que también fuente histórica, sólo lo hizo en 1557.

Carlos Keller, cuya acuciosidad le era característica, con esta obra ha venido a llenar un vacío. No ha

tratado de reproducir simplemente lo que informa Vivar, sino de ponerlo en concordancia con lo que dicen otras fuentes, entre las que se destaca sobre todo la crónica de Mariño de Lovera, tratado con indiferencia por algunos historiadores; pero plenamente confirmada por Vivar.

Es lo que pretende este ensayo: relatar episodios no citados por otros historiadores, pero que fueron fundamentales en la constitución de nuestra nacionalidad.

Por otra parte esta obra constituye una verdadera biografía de Michimalonco, que al decir de Jerónimo de Vivar, **“ha sido el más temido señor que en todos los valles se ha hallado...”** A través de estas páginas, la personalidad de este Cacique se agiganta y cobra relieves muy poco difundidos, colocándolo en el verdadero sitio que le corresponde en la Historia de Chile.

La institución agradece al señor Carlos Keller Schnessus, hijo del autor, quien ha dado todas las facilidades para publicar este ensayo de su ilustre padre. Asimismo, agradecemos en forma muy especial al Consejero de la Sociedad, Dr. Osvaldo Jacobelli Poblete, cuya munificencia ha hecho posible esta publicación.

San Felipe, Noviembre de 1975.

Dr. Edison Pérez Rojas
Presidente

Benjamín Olivares Corvera
Secretario

Nota ; Este libro fue escrito antes de 1974, año del fallecimiento del autor.

(1) Vivar se quedó ne Cusco. Se incorporó a las fuerzas de Pedro de Valdivia en el contingente que procedía de Perú con Francisco de Villagra por tierra, en 1549. Nota de PGG

1.- INTRODUCCIÓN

La “Crónica” de Viv obliga a revisar los orígenes de la historia chilena. Ella revaloriza al mismo tiempo la “Crónica” de Mariño de Lovera.

La publicación de la “Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile”, escrita en 1558 por Jerónimo de Vivar y publicada por primera vez sólo en 1966, constituye una fuente novedosa de extraordinaria trascendencia, que ha aportado insospechadas luces acerca de los orígenes del pueblo chileno.

La documentación sobre los inicios de nuestra historia era escuálida. Una fuente importante y esencial la constituyen sin duda las cartas del propio conquistador del país, pero son sólo once y relativamente breves: nos explican magníficamente el espíritu que animó su empresa y creación, pero contienen pocos detalles acerca de los acontecimientos. Fuera de ellas, se han conservado muy pocas relaciones y cartas. Los dos principales cronistas que informan sobre la época, Alonso de Góngora Marmolejo y Pedro Mariño de Lovera, llegaron a Chile más de un decenio después de Valdivia. Ercilla, por su parte, sólo vino en 1557, con don García Hurtado de Mendoza. Estos tres autores informan, pues, lo que otros les relataron, sin haber

sido testigos de los hechos. Cabe agregar que los historiadores chilenos modernos han puesto en tela de juicio la obra de Lovera, cuya versión conservada fue redactada por el padre jesuita Bartolomé de Escobar.

Thayer Ojeda, por ejemplo, afirma que en ella “el autor, o quizá el P. Escobar, que la rehizo, con el objeto de inspirar mayor confianza en la exactitud y proligidad con que estaba escrita, introdujo numerosas fechas, nombres de personas y otros detalles inexactos o imaginarios, que obligan a acoger con desconfianza Otros que son de interés, por no hallarse en otras fuentes” (1).

Vivar, en cambio, acompañó a don Pedro de Valdivia desde el Perú a Chile y estuvo presente en casi todos los hechos que relata, de modo que ha venido a suplir los grandes vacíos que hasta ahora existían acerca del primer decenio de nuestra historia. El mismo nos explica que “ha hecho y recopilado esta relación de lo que yo por mis ojos vi, y por mis piés anduve, y con la voluntad seguí... y por información de personas de crédito me informé” (2).

Llegó al país a la edad de sólo 15 años, viviendo en él hasta la de 33, cuando al parecer se dirigió a España, donde dedicó su “Crónica” al príncipe heredero, don Carlos de Austria, hijo de Felipe II (3). No obstante su juventud, fue un observador acucioso, cuyo interés

comprendía una vastísima gama de fenómenos, incluyendo los geográficos y etnológicos.

Su obra ha tenido, adicionalmente, la virtud de rehabilitar el prestigio de la de Lovera, pues confirma gran parte de lo que a nuestros historiadores pareció sospechoso “por no hallarse en otras fuentes” (criterio –dicho sea entre paréntesis– un tanto extraño para desconfiar de una obra histórica).

Vivar no se refiere a lo ocurrido antes de la llegada de Valdivia, es decir, a la época de la dominación incaica y a la expedición del descubrimiento de Diego de Almagro, pero acerca de ella disponemos de informaciones suficientes para los fines de este relato.

---:---

2.- EL VALLE DE ACONCAGUA EN 1530

Las conquistas incaicas en Chile.— Los peruanos llegaron hasta el río de La Imperial, pero fijaron frontera a orillas del Maule.— Entre la Angostura de Paine y ese río había una ocupación sólo militar.— El Camino del Inca.— El ejército Incaico era abastecido desde Aconcagua.— La explotación de minas y lavaderos de oro.— Los curacas de Aconcagua.

En 1530 el valle de Aconcagua formaba parte del imperio incaico. La conquista de Chile había sido emprendida por el inca Túpac Yupanqui (que gobernó hasta 1485) a mediados del siglo XV. Según informa Garcilaso de la Vega, hizo avanzar desde los oasis de Atacama sucesivamente tres ejércitos a través del Despoblado de ese nombre hacia Copiapó.



Pcará de Quito en el Desierto de Atacama, construido por los atacameños para defenderse de los incas

Los peruanos lograron dominar al país en su parte boreal y Central, y aún Cuando avanzaron transitoriamente hasta el río de La Imperial, tuvieron que abandonar otra vez los territorios ocupados al sur del Maule. Las derrotas allá sufridas son relatadas inclusive por un autor tan empeñado en destacar las excelstudes del régimen incaico, Como lo fue Garcilaso de la Vega. Según este autor, todos los hechos fundamentales de la conquista del país habrían ocurrido en los primeros años de la iniciativa emprendida por Túpac Yupanqui. El inca se dirigió personalmente al valle de Atacama (San Pedro de Atacama), donde organizó un primer ejército compuesto por 10.000 hombres, cuyo comando fue confiado por él a Sinchi Roca, quien fue también jefe de otros dos ejércitos de igual número de guerreros, que siguieron a aquel. Se preocupó de asegurar los abastecimientos de agua y alimentos a través del Despoblado de Atacama. Al llegar a Copiapó el primer ejército, encontró resistencia; por mucho que sus jefes se empeñaran por explicar a la población —como lo hicieron más tarde también los españoles— que sólo perseguían fines pacíficos y anhelaban aportar a la población autóctona los principios de una cultura superior. **Los araucanos, que poblaban el valle, sólo se sometieron cuando llegaron los dos ejércitos que siguieron al primero.**

Sinchi Roca avanzó en seguida hacia el sur, empleando seis años para llegar al valle de Chile o Aconcagua. Vivar nos informa que en Copiapó los incas emplearon dos años para dominar a los araucanos. El general incaico pudo disponer más tarde de 50.000 hombres en Chile

A la cabeza de 20.000 avanzó finalmente al sur del río Maule, donde se le opusieron los “purumaucas” con una fuerza de 18 a 20.000 hombres. Se trabó una batalla que duró tres días y en la que ambos bandos perdieron más de la mitad de sus efectivos. Al cuarto día, ellos se retiraron a sus cuarteles. Consultado el inca, ordenó que se fijara la frontera en el río Maule y que no se procurara conquistar los territorios situados al sur de él, sino que se diera a su población un ejemplo de la superioridad de la cultura incaica, que la induciría a someterse sin apremio alguno.

Tupac Yupanqui gobernó hasta 1493
Garcilaso confunde el río Maule con el Cachapoal, como se desprende de las distancias que menciona entre los distintos accidentes geográficos. La frontera se fijó con el pucará del cerro La Muralla, frente al río Claro (afuente del Cachapoal) cerca de San Vicente de Tagua Tagua) Nota de PGG

Explica Garcilaso de la Vega que sólo le fue posible obtener una información muy escueta sobre estas conquistas, por no haberse conservado mayores

recuerdos acerca de ella en el Perú (4).

En lo referente a las fuentes chilenas, es especialmente valioso el testimonio del jesuita Diego de Rosales, quien se refiere también a restos arqueológicos descubiertos por él a mediados del siglo XVII. Comete, sin embargo, dos errores cronológicos de bulto: a la inversa de Garcilaso, atribuye la conquista de Chile a Huáscar, el último inca, y señala como año en que la habría iniciado el de 1425, cuando ese inca comenzó su gobierno justamente un siglo más tarde. En realidad, lo que describe como ocurrido en cinco años, corresponde a cerca de 80, pero refleja, sin duda, la tradición indígena que se había conservado en Chile.

Al llegar al valle de Aconcagua —informa— los peruanos iniciaron la explotación de los lavaderos de oro de Marga-Marga, pero hubo un gran levantamiento araucano, que los obligó a huir al norte. El inca envió, sin embargo, un ejército de 100.000 hombres al país, al mando de un primo de él, empleándose la ruta por Tupiza, Tucumán y el paso de San Francisco —es decir, la misma que usara más tarde Almagro— para llegar Chile. El toqui general de los araucanos fue batido y perdió la vida. Se sometieron en seguida los valles de Aconcagua y Maipo.

Una vez consolidado el dominio de ellos, el ejército incaico pasó adelante, avanzando por La Angostura (de Paine) al valle del río Maule, donde había, escribe Rosales, “memorias que todavía duran de los fuertes que hicieron”.

El territorio ocupado era el de los promaucaes, pero éstos se sublevaron y vencieron a los peruanos, obligándolos a retroceder al norte. El comandante en jefe pidió refuerzos, que obtuvo en el Perú. Ellos le permitieron emprender una nueva ofensiva, que lo hizo avanzar hasta el río Itata, “donde hay otros dos fuertes”.

Continuaron en seguida avanzando hacia el sur. En Culacoja (Cülacoja= Tres Robles), en tierras del “gran señor Quinchatipai” (Quinchatipai= Salir Pareado= Gemelo) fundaron otra fortaleza, y “allí hay 7 piedras a manera de pirámides labradas, que fueron puestas por los indios del Perú para hacer la ceremonia llamada calpa inca, que se hace por la salud del rey cada año”.

Queda en los orígenes del río Quilacoja, lo que hace verosímil que los incas explotaran los lavaderos de oro situados allá, o que al menos intentaran hacerlo.

Prosigue Rosales: “Opiniones hay que pasaron los indios del Perú conquistando hasta (el río de) La

Imperial y que volvieron por Tucapel y (la zona de) la costa”.

Hubo allá “grandes guerras”, y “viendo los peruanos que la tierra era estrecha para tanta gente como tenían en su ejército, y que a cada paso peleaban..., se retiraron a Coquimbo y Copiapó, donde con ayuda de los juríes (traídos desde Argentina), hicieron grandes castigos en los que intentaron levantarse” (5).

Más tarde volvieron a avanzar hacia el sur, pues el propio Rosales informa que, había en Chile un gobernador incaico que recibió a Almagro en Quillota, pero que residía en Colina a la llegada de don Pedro de Valdivia.

Da también su nombre: “Culacante (Cūlacante) inca”; o sea, pertenecía a la dinastía incaica.

Como ya se dijo, estos acontecimientos ocurrieron bajo los gobiernos de Túpac Yupanqu (hasta 1485), Huaina Cápac (14185-1525) y Huáscar (1525-1530).

La conquista del territorio entre la Angostura de Paine y el río Maule, que correspondía a los promaucaes, debe considerarse como efectiva, pues el nombre de aquella rama de los araucanos así lo testimonia (Promauca= purn= acomodado, acostumbrado, sometido; y auca = enemigo).

En todo caso, había en él frecuentes levantamientos, y la ocupación parece haberse limitado a mantener unidades militares en fortalezas, desde las cuales operaban en caso de necesidad. No hubo una



Camino del inca

ocupación real de todo el territorio, considerándose ese sector más bien como una tierra de nadie, destinada a impedir que los araucanos atacaran el territorio situado más al norte.

Sometidos verdaderamente se encontraban los valles de Maipo, Aconcagua y los que siguen hacia el norte. Estaban administrados por dos gobernadores: uno en Coquimbo (al interior de La Serena, donde el Camino del Inca cruzaba el valle de Elqui) y el otro en

Quillota, el primero con jurisdicción desde el valle de Copiapó hasta el de Limarí y el segundo, con la de los valles de Choapa al sur. Sin duda, ambos jefes pertenecían a la dinastía incaica; respecto del de Quillota lo confirma expresamente Vivar, diciendo que era un príncipe incaico nacido en Cuzco.

El dominio peruano estaba organizado a lo largo del Camino del Inca. Se dirigía éste desde el Cuzco por el Collao o Altiplano a Ollahue, donde penetraba en el territorio actual de Chile, pasando por Tatío, San Pedro de Atacama, Río Frío y Juncal y llegando por Chañaral Alto a Copiapó y continuando por Paitanas (Vallenar), Incahuasi, el portezuelo de Hualcuna, La Marqueza, Combarbalá, Illapel y Puchuncaví a la Cuesta Vieja de Chilicauquén, para terminar en Quillota.

Había diversas ramificaciones de él. Una muy importante era el camino de la costa, de Arequipa por Tacna, Anca, Camarones, Tarapacá, Pica, Huatacondo, Quillagua y Calama a San Pedro de Atacama: fue el que usó Pedro de Valdivia.

Había más al sur dos caminos que se dirigían a Cuyo: uno remontaba el valle de La Ligua, cruzaba el portezuelo del Cuzco y el paso de Valle Hermoso; una ramificación de él se dirigía por el valle del río Chalaco a Mal Paso, seguía hacia San Felipe y cruzaba

el río Aconcagua en Curimón (donde está el actual puente ferroviario) y continuaba por el cordón de Chacabuco y Colina a Santiago; sobre la orilla norte del río Aconcagua cruzaba la cordillera andina el otro camino transandino en el paso de Uspallata.

La distancia desde Cuzco a Quillota era de 2.3813 kilómetros por el camino directo. Un ramal que interesa para esta investigación se dirigía de Cabildo por el valle de Los Ángeles a Putaendo.

Más o menos cada cuatro leguas (25 kilómetros) había a lo largo de este camino un incahuasi (lo que significa casa del inca), a cargo de un funcionario peruano, que era el jefe administrativo de su distrito.

Los adultos estaban obligados a la mita, o sea, a realizar trabajos obligatorios, que comprendían cuatro meses al año. Se les empleaba en la construcción de obras públicas (edificios, fortificaciones, puentes colgantes, caminos, etc.), el cultivo de las tierras del inca y de la iglesia, la explotación de minas y lavaderos de oro, la confección de toda clase de artefactos, los transportes y en otras labores. Las producciones eran acumuladas en los almacenes del incahuasi y se les empleaba para atender las necesidades de los funcionarios, sacerdotes, indigentes y del ejército. Muchos incahuasis disponían de guarniciones militares

peruanas y de un templo del sol, a veces con monasterio de las Vírgenes del Sol, como ocurría en Quillota y Colina (6). En algunos existían también mitimaes; es decir, colonias transplantadas desde el Perú y el Collao, destinadas a propagar nuevos cultivos y técnicas artesanales entre los indígenas chilenos. En parte, se trataba del traslado forzoso de pueblos sediciosos. Un mitimai existía en Quillota y Otro en Marga-Marga; en el valle del río Mapocho los hubo en Apoquindo (La Reina) y Colina, pero debe haber habido muchos otros, cuyo recuerdo sólo se ha conservado en la toponimia quechua de sus contornos (7).

Por lo demás, los incas no realizaban una transculturación de los pueblos que habían sometido, sino que se limitaban a exigirles el reconocimiento de su soberanía, el pago de tributo ya mencionado y el respeto de su religión, sin imponerles ésta. Les dejaban incluso sus autoridades autóctonas, concediendo becas a los hijos de los caciques para educarlos en Cuzco, donde aprendían la lengua quechua y llegaban a conocer el funcionamiento del imperio de Tahuantinsuyo. Como curacas (jefes locales), esos araucanos así preparados desempeñaban más tarde una importante función política y administrativa.

Los incas destinaron el valle de Aconcagua para

producir en él los abastecimientos que necesitaban para el ejército que cubría las guarniciones de las pucaras situadas más al sur, en territorio de los promaucaes. Como allá se combatía frecuentemente, habría sido peligroso depender de cultivos realizados en él, que podían ser destruidos por los araucanos. Por eso se prefirió destinar a ellos un valle completamente sometido; a retaguardia del campo en que se realizaban las acciones bélicas. En concordancia con tal política, informa Vivar, que en el valle de Aconcagua existían 22 grandes acequias (8).

En lo referente a la parte superior del mismo —que es la que nos interesa

principalmente en esta investigación— los canales de regadío eran menos extensos que los actuales, comprendiendo al norte del río los terrenos hasta cerca del estero de San Francisco (que en su curso inferior se denomina Quilpué) y al sur de él, los situados hasta cerca del estero de Pocuro.



Chasqui tocando el pututu

Dentro de esa área existe hasta el día actual una gran subdivisión de la propiedad, y los caminos (llamados calles en la región) tienen un trazado tortuoso, que revela su origen mapuche preincaico, pues tanto los incas como los españoles trazaban sus caminos en línea recta. Al norte del estero de San Francisco y al sur del de Pocuro había tierras de secano, que estaban pobladas por un denso matorral de espinos y algarrobos. Estos terrenos fueron considerados más tarde como baldíos y concedidos en forma de mercedes de tierras a españoles; sus dueños construyeron canales a mayor altitud que los indígenas y los regaron en gran parte.

De los terrenos, regados situados dentro del valle, una parte pertenecían primitivamente al Estado y otros a la iglesia incaica: también ellos fueron objetos de mercedes, de parte de los españoles.

La importancia del valle para el abastecimiento del ejército se refleja claramente en su nombre mapuche, se deriva de cogn= cosechar, y cahüa= maíz, siendo la preposición “a” una contracción de cadn = mucho, abundante. Pedro de Valdivia, da al valle el nombre Cancongua, que significa “Gran Productor de Maíz” (9).

La producción minera era de algún interés para los incas en la zona de Putaendo, donde hay minas de oro,

pero las explotaciones principales se encontraban en Petorca (El Bronce y lavaderos de oro de Las Palmas), La Ligua (minas de Pulmahue) y lavaderos de oro de Marga Marga en el estero homónimo y las de Quilpué y Las Palmas, que forman la hoya superior del de Viña del Mar.

De gran importancia eran las comunicaciones. Ya se hizo mención de los principales caminos. A lo largo de éstos se encontraban tambos ocupados por chasquis, situados a una distancia de un cuarto de legua (1,6 kilómetros) los unos de los otros. Vivían dos o tres correos en cada tambo, observando uno el camino en una dirección y el otro en la contraria. Tan pronto se acercara un chasqui desde el tambo vecino, corrían hacia él y lo acompañaban en su carrera, recibiendo de él la información que debían retransmitir al chasqui siguiente y que contaba de una sola frase, fácil de memorizar.

Gracias a esta organización de chasquis, se administraba el imperio, pues en el Perú no se conocía la escritura, de modo que todas las órdenes e informaciones se tenían que transmitir oralmente.

Los chasquis hacían sus recorridos a la mayor velocidad posible. Estimando que ella hubiera sido de la mitad de la que alcanza una estafeta moderna, una información habría llegado en 10 días desde el valle

de Aconcagua hasta el Cuzco. Para noticias de mayor importancia (como victorias o derrotas militares, fallecimiento de dignatarios, etc.) se transmitían las noticias por medio de señales de humo desde elevadas cumbres.

Los quipus se usaban para transmitir datos estadísticos. Este sistema de comunicaciones estaba, naturalmente, a cargo de indios peruanos de habla quechua cuyo número a lo largo del Camino del Inca de Cuzco a Aconcagua debe haber sido de unos 10.000.

La toponimia ha conservado vestigios de esta organización. Al pie del paso de Valle Hermoso, que es el más bajo de la región, con sólo 3.515 metros de altitud, desemboca en el río Rocín el estero de Los Tambillos, en cuya confluencia se encontraba la tambería de los chasquis, que formaban un mitimai, pues a 6 kilómetros al NNW del paso se encuentra el portezuelo de Longomiche (de lonco=jefe y michi o michimai, como se llamaba en mapuche el mitimai). Se llega a él por el cajón del Molino, llamado así sin duda por haberse encontrado, en él un molinillo de piedra, usado por los indígenas para triturar los granos. El otro paso que usaban los incas, el de Uspallata, lleva un nombre quechua (de uspháyay=cosa que, al quemarse, se convierte en ceniza y ta= lugar, equivalente al hue mapuche), topónimo que corresponde a una sierra, pampa y río

situados más al oriente, hacia el NW de Mendoza y que se dio también al paso, por llegarse por él a esa pampa.

Al pie del paso se encontraba una tambería igual que a orillas del Rocín, llamada también Los Tambillos.

En su “Historia de la Compañía de Jesús en Chile” (tomo 1, página 393), cita Enrich una carta que el padre van dem Berghe (que se apellidó Vargas en Chile) envió al colegio jesuita de Lovaina. Fue escrita en La Punta, en 1628, e informa que “admiraron las famosas casuchas trabajadas con pura piedra cuando el inca vino a esta conquista, algunas de las cuales tenían de 30 a 40 piezas”.

Vivar, al llegar al valle de Aconcagua a fines de 1540, destaca que se encontraba relativamente despoblado: tenía “pocos indios”, nos informa, “que no pasan de 1.500” familias, pero “solía” antiguamente “haber” en él “mucha gente” (10). Luego llegaremos a conocer la razón de esa situación.

Había en él papagayos. Los indios eran “gente dispuesta”, de “buen cuerpo y parecer. Andan vestidos de lana” de llamas y alpaca, pero el número de estos animales era limitado, por lo cual “los pobres andan vestidos de unas mantas hechas de cáscaras de una hierba” “a manera de espadaña” (totora o enea), de

las que “sacan unas hebras como (del) cóñamo e hílanlo, y de esto hacen sus vestidos”. En lo referente a las mujeres, ellas “traen una manta que les cubre desde la cintura hasta abajo de la rodilla”, llevando los pechos descubiertos, pero se cubrían los hombros y las espaldas con una tela de una vara cuadrada. “Tiénelo por honra tener bueno y largo el cabello”, y lo consideran “por muy gran afrenta trasquilarle los cabellos” (11).

“Los señores de este valle”, agrega Vivar, “son dos. Sus nombres son éstos: el uno Tanjalongo; éste manda de la mitad del valle a la mar; el otro Michimalongo: éste manda y señorea la mitad del valle hasta la sierra” y “ha sido el más temido señor que en todos los valles se ha hallado”. Tal era la situación en 1540.

Puede suponerse que la división entre las dos mitades del valle se encontraba en las puntillas de El Romeral y La Calavera y sus respectivos cordones de cerros, que separaban más tarde los dos corregimientos en que los españoles dividieron el valle: el de Quillota y el de Aconcagua (este último fue fundado por Alonso de Rivera en 1604).

(1) véase la biografía de Mariño de Lovera en la obra citada en la Bibliografía, tomo II.

(2) Obra citada en la Bibliografía, página 1.

3) El año de su nacimiento lo indica él mismo al declarar en el proceso de Francisco de Villagrán, que se encuentra publicado en el tomo XXII de los Documentos Inéditos para la Historia de Chile, página 286, Santiago, 1900.

Su “Crónica” termina bruscamente con la descripción de la batalla de Millarapue, librada por don García Hurtado de Mendoza el 13 de diciembre de 1558, agregando el autor: “Luego el gobernador se vino al pueblo de Arauco. Acabóse esta Crónica y Relación Copiosa y Verdadera e 14 de Diciembre del año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1558, hecha por Gerónimo de Bibar, natural de la ciudad de Burgos”. Es de suponer que aprovechara una oportunidad para regresar a España. Carlos, hijo de Felipe II, fue proclamado príncipe heredero en 1560, con cuyo motivo le debe haber dedicado su obra.

Ya en 1562 aquel príncipe estaba en graves desavenencias con su padre, de modo que el autor no habría buscado su protección. Su vida posterior es Ignorada.

4) El brillante historiador peruano relata la conquista de Chile en los capítulos XVIII al XX del libro V de sus “Comentarios Reales”, Vivar se refiere a la conquista de Copiapó en la página 25 de su “Crónica”.

(5) Véase la obra citada, páginas 338–339

6) Escribe Rosales que la mayor parte de los funcionarios guerreros peruanos que habían permanecido todavía en Chile regresaron al Perú con Paullo Túpac y Almagro, pero destaca también que otros se quedaron en el país, como el inca Culacante.

Informa que cuando Almagro ordenó a Gómez de Alvarado para que hiciera un reconocimiento del territorio situado más al sur, “los españoles robaron las casas de sus depósitos en Mapocho y se apoderaron de las vírgenes mamaconas que había en un monasterio y (que) estaban consagradas a la deidad del sol en Chile, como en el Perú, de las doncellas que acá hablan nacido a los indios peruanos”. (Obra citada, página 369).

“En Colina —agrega— fue bien recibido de los caciques y del gobernador del Perú..., y aquí se aposentaron los soldados en una grande casa de paja, que era templo y adoración de los indios peruanos, donde hallaron nueve ídolos... Luego les pegaron fuego, viniéndoles los indios decir que no se alojasen allí, que se caería el cielo y se enojarían los dioses. Hicieron burla de ellos y derribaron los altares”, (páginas 369—370).

7) Un mitimai existía en el sitio que ocupa ahora la ciudad de Santiago. Informa Rosales que Pedro de Valdivia, al llegar al río Mapocho, se alojó en la Chimba, es decir, sobre su orilla norte, donde pensó fundar la ciudad. Lo visitó el cacique Loncomilla (Cabeza de Oro), “señor del valle de Maipo”, y le manifestó que era mucho más conveniente hacer esa fundación sobre la orilla austral, “donde los incas habían hecho una población, que es el lugar donde hoy está la ciudad de Santiago”. (Obra citada, pág. 383).

La influencia incaica está especialmente de manifiesto en los alrededores de Quillota, lo que se debe a que no muy lejos de ese lugar se explotaban los lavaderos de oro de Marga—Marga. Véase sobre el particular el trabajo de Carlos Keller sobre “Los Orígenes de Quillota”. Algunas de las informaciones proporcionadas en él serán rectificadas en este libro, utilizando las que proporciona la

“Crónica” de Vivar y otros estudios más recientes.

8) Obra citada, página 37.

(9) Para la traducción de los nombres mapuches se ha recurrido en prima lugar al diccionario de Erize, que es excelente.

(10) Obra citada, página 37.

(11) Obra citada, página 38.

---:---

3.- CAMBIOS ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

En Quillota residía el inca Quilicanta y en Coquimbo (La Marquesa) el gobernador Anién.— Chile exportaba al Perú oro y turquesas.— Al estallar la guerra civil con Atahualpa en el Perú, Huáscar retira la mayor parte de las tropas peruanas del país.— Se sublevan los promaucaes y recuperan su independencia.

La historia que preede a la llegada de los españoles al país se conoce sólo parcialmente. Un dato de la mayor importancia lo transmite Mariño de Lovera: los dos señores del Valle, Tanjalonco y Michimalonco eran hermanos (12). De acuerdo con sus nombres, ellos pertenecían a la familia Lonco (cabeza), nombre que llevaba también su padre, quien no aparece en las fuentes. Estas indican, en cambio, los nombres de otros dos miembros de la misma familia: Naronco y Painelonco, el primero cacique de Maipo (en el Valle de Aconcagua), el segundo de Lampa.

Es sabido que los araucanos usaban patronímicos compuestos por un sustantivo y un adjetivo (este se encuentra siempre antepuesto en su lengua). Todos los nombrados eran Lonco. Tanja en realidad es Trango (partido), de modo que se llamaba Trangolonco (Cabeza Partida), Michima está correctamente transcrito al castellano, pues proviene de müchüi (tizón) y ma (ardiente), o sea, Cabeza-

Antorcha.

Naronco se deriva de nag (inclinado) y lonco: Cabeza Inclinada; y Painelonco, de paine (azul) y lonco: Cabeza Azul. No se sabe si los tres últimos miembros de la familia, que se acaban de indicar, eran o no hermanos de los dos primeros; pero es probable (13).

Un hecho evidente es que el padre de ellos mantuvo excelentes relaciones con el gobernador incaico radicado en Quillota, Vivar no sólo indica su nombre, que era el de Quilicanta, sino que agrega que era príncipe incaico nacido en Cuzco (14). Mariño de Lovera lo llama Quillacanta, e indica también el nombre del gobernador de Coquimbo, que era Anión (15).

Además de los dos gobernadores incaicos, había en Chile también un jefe militar, que era —como informa Rosales— primo de Huáscar. Posiblemente, éste residía en territorio de los promaucaes (llamados también —información de Vivar— picunche o “gente del norte”, esto es, mirados por los araucanos que vivían al sur del río Maule).

Indudablemente, el imperio incaico estaba muy interesado en el dominio de Chile, nombre con el que se conocía al país en el Perú y que —como informa Vivar— significa en quechua frío (chile o chili), pues

los peruanos, procedentes de trópico, observaron el descenso de las temperaturas al dirigirse a la región austral del globo terrestre.

Su interés principal era la importación de unos 2.500 kilogramos de oro al año (N.d.E.: 2,5 Tons. anuales), meta que para ellos tenía un valor singular, pues con él se confeccionaban los objetos del culto para el alhajamiento de los templos del sol y la vajilla que usaba el inca en su corte.

La plata, en cambio, estaba dedicada a los objetos de los templos de la luna y de la corte de la esposa del inca. Ocurre, sin embargo, que si bien el Perú (sobre todo, el Alto Perú) disfrutaba de prodigiosas minas de plata, el oro era sumamente raro. Se le obtenía principalmente de lavaderos situados en el faldeo oriental de la cordillera andina del Ecuador, donde los indígenas oponían, empero, una tenaz resistencia a la penetración peruana. El abastecedor principal de este metal llegó a serlo Chile.

De esto se desprende con absoluta claridad que los peruanos no mentían a los españoles cuando les informaron más tarde que este país estaba “cuajado de oro”, pues la mayor parte del rescate pagado por Atahualpa para lograr su libertad provenía de las minas y placeres auríferos de Chile. Cabe agregar que ambos metales preciosos estaban excluidos del

comercio y se destinaban únicamente a los, fines indicados (16).

Se exportaban al Perú desde Chile también turquesas, cuya procedencia era el gran mineral cuprífero conocido ahora con el nombre de El Salvador y que antes se denominaba Indio Muerto. Está situado sobre el Camino del Inca, en el tramo de Río Frío a Chañaral Alto. En el siglo pasado se descubrió allá un cementerio en el yacimiento de turquesas, del que se extrajeron 20.000 cuentas de esas piedras preciosas, que fueron exportadas a Europa.

Vivar, quien estuvo en Chañaral Alto, escribe que se trataba de “un valle chico, con poca agua clara y dulce”, del largo de “un tiro de arcabuz” y el ancho de “un tiro de piedra”. En él se encontraba el puesto fronterizo incaico, con funcionarios que, “registraban el tributo qué por allí pasaba (de) oro y turquesas y otras cosas que traían de estas Provincias de Chile. Vivian aquí sólo para este efecto” (17).

Entre las “otras cosas” que suministraba Chile al Perú se encontraban probablemente víveres para los chasquis que vivían a lo largo del Camino del Inca en el Despoblado de Atacama, y quizá también armas y herramientas de cobre, aún cuando se prefería usar para estos efectos el del Perú, que contiene en muchas minas cierta proporción de estaño, que le daba mayor

dureza en forma de un bronce natural, lo que no ocurre con el cobre chileno.

No debe dejar de mencionarse que una de las causas que explican la expansión del imperio incaico hacia el sur, era la necesidad de dar ocupación a los excedentes de población peruana. Los valles regados y cultivados constituían pequeños oasis rodeados por desiertos, cordilleras o estepas. La capacidad para producir alimentos de cada uno de ellos era limitada, y a medida que aumentaba la población, se llegaba a un punto de saturación que no permitía mantener más bocas. Mediante la expansión del imperio se daba ocupación a un número considerable de brazos: ya se han mencionado algunas cifras referentes a los guerreros y a los chasquis Ocupados en Chile, y también se hizo alusión a numerosos mitamaes que existían en el país.

Por el año 1530 debe haber fallecido ya el padre de los hermanos Lonco, entre quienes uno, Michimalonco, se destacó desde su juventud por excepcionales condiciones de inteligencia y carácter. Debe haber tenido en aquel tiempo la edad de unos 30 años, de modo que habría nacido por el año 1500, a igual que Pedro de Valdivia. Gracias a su talento, el gobernador incaico de Quillota lo envió a Cuzco, para ser educado allá. Tuvo así oportunidad de aprender bien la lengua quechua y a conocer la organización y

el funcionamiento del imperio incaico bajo Huaina Cápac, pues seguramente estuvo en Cuzco a la edad de 14 a 18 años, o sea, entre 1514 y 1518, cuando vivía todavía su padre (18).

Sin duda, Michimalonco se consideraba un buen mapuche y estaba orgulloso de su raza. Si colaboró con los incas, lo hacía únicamente por obligarlo a ello las circunstancias, determinadas por la enorme superioridad del ejército incaico, que había dominado los valles de Aconcagua y Maipo después de prolongadas guerras, las que habían diezariado a la población: así lo atestiguó poco más tarde Vivar.

Reconocido ahora como curaca en la parte superior del valle de Aconcagua, cumplía sin duda lealmente con sus deberes, pero estaba anheloso de que su pueblo recuperara la independencia.

Debía pronto vislumbrarse una oportunidad para lograrla, pues —por causas que él entonces ignoraba— poco después de 1530 comenzaron a evacuar el país las tropas incaicas, encabezadas por el primo de Huáscar.

La razón consistía en que el monarca que gobernaba en Quito, Atahualpa, había invadido el Perú, atacando a su hermanastro Huáscar. Huaina Cápac, al fallecer en 1525, había dividido el imperio en dos partes,

entregando la principal a su hijo legítimo y la del norte, a uno ilegítimo, habido con una princesa quiteña. Durante cinco años, ambos habían gobernado en paz sus reinos, pero luego Atahualpa trató de apoderarse de la parte austral del imperio, avanzando con un poderoso ejército hacia el sur. Huáscar ordenó a su primo, quien comandaba en Chile, que le prestara auxilio con sus tropas, lo que éste hizo.

De este modo, el ejército peruano estacionado en Chile intervino en la guerra civil de aquel país, pero sin lograr cambiar el desenlace, pues Atahualpa venció a Huáscar, a quien hizo prisionero y mandó asesinar más tarde.

Como consecuencia del retiro de las tropas peruanas de Chile los promaucaes (picunches) se sublevaron y recuperaron su independencia.

Vivar informa que a la llegada de Pedro de Valdivia, el límite del imperio peruano se encontraba en la Angostura de Paine y cree incluso que “de aquí adelante no pasaron” (19).

Posiblemente, los mapuches que vivían más al norte, prepararon igualmente un levantamiento, pero sin duda quedaron en el país tropas peruanas, que fueron concentradas en los valles de Maipo y Aconcagua, donde el gobernador Quilicanta conservó el dominio.

Cabe agregar que en esas dos provincias había numerosas pucaras, muchas de las cuales han sido redescubiertas sólo recientemente por la arqueología. Desde ellas podían dominar los dos valles las tropas peruanas.

(12) Obra citada en la Bibliografía, página 59. Rosales (obra citada, página 415) informa que Trangolonco era tío de Michimalonco.

(13) La lengua mapuche es difícil de transcribir a la española, pues tiene varios sonidos propios. Además, antes de fundarse la Real Academia de la Lengua, no existían reglas fijas para escribir ni siquiera las palabras castellanas. Es preciso establecer, en primer lugar, el término mapuche auténtico, sin forzar (cambiar) las palabras. Tanja (que figura así en varios de los cronistas) no es la palabra mapuche; corresponde a trango o chrango (La tr se pronuncia como si fuera chr, pero con una r muy suave). Rosales, que era un gran araucanista, transcribe correctamente el nombre del Cacique, pues lo llama Tangolonco, suprimiendo solamente la r después de la t y explicando la etimología: Cabeza Quebrada (Obra citada, página 383).

Los cronistas usan casi siempre el término de longo (y escriben también inga) debiendo reemplazarse la g por una c.

(14) Obra citada, página 39.

(15) Obra citada, página 58 (Quilicanta) y 29 (Anien). Rosales da también los nombres de Quilecante (pág. 406) y Quilicante (pág. 407), pero por lo general lo llama Culacante (p. e. en la página 369).

(16) Las bases para estimar la producción media anual de Oro de los Incas en Chile en 2.500 kilos, pueden consultarse en el trabajo de Keller sobre “Los Orígenes de Quillota”, página 111.

(17) Obra citada, página 19. –

(18) como se verá más adelante, él mismo proporciona la información sobre su estada en el Perú.

(19) Obra citada, páginas 137-138. Al norte del cordón que interrumpe en esa zona el Valle Central y al oriente de La Angostura, hay una cueva, de que sale viento y que los peruanos llamaban Huairahuasi (huaira= viento, huasi=casa, en quechua), la Casa del Viento, agregando Vivar que “allí poblaron un pueblo, los cuales cimientos están (visibles) hoy en día, y no digo (más) de ellos por estar tan arruinados” (página 138).

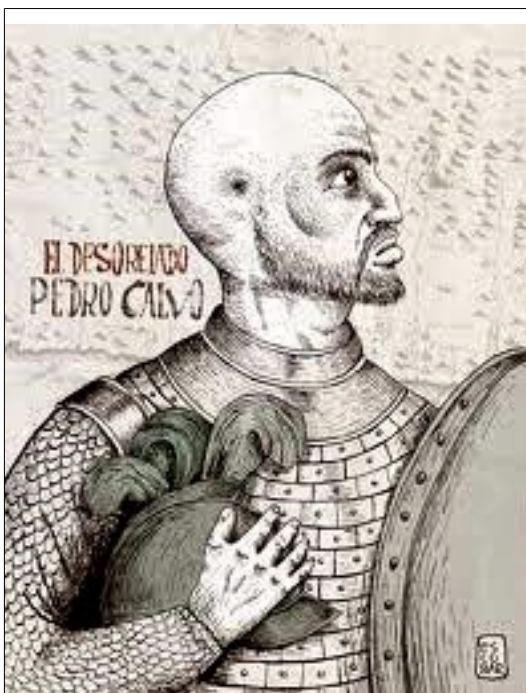
---:---

4.- GONZALO CALVO DE BARRIENTOS

El primer español llegado a Chile prepara las tropas del curaca Michimalonco conforme al modelo español.— Se apodera de las tierras de Naglonco en Maipo (Aconcagua Arriba).

Es de suponer que los acontecimientos ocurridos en el imperio incaico llegaran sólo tardíamente al conocimiento de los indígenas chilenos, pues los gobernadores peruanos habrán estado interesados en ocultar la situación. Todos ellos eran partidarios de Huáscar y estaban ansiosos de que éste lograra imponerse finalmente ante su rival.

El panorama se complicó, sin embargo, cuando llegó a Quillota un extraño personaje, de fisonomía distinta a la de los indios peruanos. Era Gonzalo Calvo de Barrientos, quien había emprendido el viaje desde Cajamarca en compañía de una ñusta (princesa) y de dos deudos de ésta. Venían premunidos de la borla (insignia) del inca Atahualpa, cuya posesión



El desorejado

concedía al agraciado el privilegio de ser obedecido por las autoridades.

Barrientos había sido sorprendido hurtando algunos de los objetos entregados por Atahualpa como rescate, y Pizarro no sólo había mandado azotarlo públicamente por ese delito, sino que le había hecho cortar también las dos orejas. Avergonzado, el soldado, quien convivía con la ñusta, pidió a ésta que consiguiera del inca autorización para vivir con ella en un territorio alejado de sus dominios, lo que motivó el viaje a Chile, realizado en 1533.

Como el inca había dado orden de extirpar a todos los miembros de la familia del monarca legítimo, Huáscar, la ñusta debe haber pertenecido a la corte quiteña y Barrientos entró seguramente en relaciones con ella después de la derrota y prisión del inca en Cajamarca (20).

Gran interés por este extravagante personaje tomó el astuto Michimalonco, quien estaba muy preocupado por indagar fehacientemente lo que ocurría en el Perú. Se hizo por tal razón amigo de él y lo interrogaba extensa y detalladamente acerca de los acontecimientos.

Supo así la derrota de Huáscar, la llegada de los españoles, su triunfo sobre Atahualpa y la conquista

del imperio incaico, agregando el español que sus compatriotas, que describió como invencibles, pronto llegarían también a Chile y que era inútil toda resistencia que se les presentara. El curaca araucano se mostró un tanto incrédulo a este respecto, o fingió al menos escepticismo, invitando a Barrientos a que le demostrara a qué se debía esa superioridad. El soldado se declaró dispuesto a probarlo prácticamente y como Michimalonco estaba enemistado con Naglonco, señor de Maipo (en Aconcagua), se ofreció para preparar las tropas de aquel según la táctica y estrategia españolas, para vencer al rival. De este modo, la sagacidad de Michimalonco logró conocer el arte bélico de los españoles ya antes que éstos llegaran al país.

Rosales nos informa que la rivalidad existente en el valle de Aconcagua se refería Michimalonco y Naglonco. Góngora Marmolejo relata lo explicado anteriormente y el desenlace habido, sin indicar los nombres de los curacas participantes. Escribe al respecto que cuando Barrientos (a quien llama “Pedro Calvo y por otro nombre Barrientos”) llegó al valle de Aconcagua “estaban dos caciques, señores principales, enemistados, y como topó con uno de ellos (Michimalonco), que fue a quien los indios que lo llevaban le guiaron, haciéndole (éste) su amigo, maravillado en gran manera de que un tal hombre

viniese a su tierra, honróle mucho a su usanza”. Conforme a esta información, el español y sus acompañantes habrían viajado por el tramo del Camino del Inca que se dirige de Cabildo por el cajón de Los Ángeles a Putaendo al valle de Aconcagua, llegando finalmente al territorio de la actual comuna de San Esteban, donde se encontraba el taví de Taucalán, de Michimalonco.

Esto hace suponer que Naglonco era ülmen en la vecindad de Michimalonco, posiblemente al sur del río Aconcagua, frente a aquel, en San Rafael, comarca que era denominada Maipo (=Tierra de Cultivo) en aquel tiempo. Tenía suficiente poder para oponerse a aquel, negándose a someterse a sus órdenes. No es probable que hubiera desempeñado funciones de curaca, pues las fuentes mencionan sólo a dos en todo el valle de Aconcagua: Trangolonco en la inferior y Michimalonco en la superior del valle, separados por las puntillas del Romeral y de La Calavera.

El hecho de haber pertenecido la ñusta a la dinastía de Quito explicaría que sus parientes condujeran a la pareja a la reducción de Michimalonco y no a la residencia de Quilicanta, quien era partidario de Huáscar.

Sólo más tarde, aquel cacique araucano habría puesto a Barrientos en contacto con el príncipe incaico.

Prosigue Góngora: “Pedro Calvo... persuadió al cacique diese fin a sus enojos con guerra, y que él le ayudaría, porque los españoles, de donde él venía, eran invencibles... Atraído a lo que el español le dijo, luego le encomendó todas sus cosas y mandó que sus súbditos le obedeciesen. Puesto en nombre de capitán..., procuró hacer guerra, tomando la causa (de Michimalonco) por suya. Luego corrió la tierra al contrario (Naglonco), provocándole saliese a la defensa. Y tales ardidés tuvo, que eh un día desbarató a su enemigo en batalla... Su contrario... volvió con toda la fuerza que pudo juntar a hacer guerra al español, el cual... un día le dió batalla y lo desbarató, de la cual quedó (Barrientos) casi con nombre de señor” (21).

De este modo, Michimalonco, con la cooperación del soldado español, se apoderó de los dominios de Naglonco y se impuso como curaca en toda la parte superior del valle de Aconcagua. La resistencia de Naglonco tuvo, por lo demás, una causa muy plausible: Michimalonco era curaca por designación incaica. Eliminado el dominio peruano, dejaba de serlo, conservando únicamente su calidad de ülmen (cacique) araucano -en- su parcialidad. Ostensiblemente, Michimalonco estaba empeñado en seguir siendo curaca (al igual que Trangolonco), superando así el régimen político inveterado.

Por Vivar sabemos que los incas seguían la política de reconocer en cada valle a dos curacas, sin duda con el fin de impedir que cada uno de ellos se volviese demasiado poderoso y procurara independizarse. El principio del “divide et impera” de los romanos se aplicaba en el imperio dividiendo los valles (e incluso también las poblaciones) en una mitad hattun y otra hurin, como se llamaban en quechua la parte alta y la baja, respectivamente. Vivar informa, por ejemplo, que la parte alta del valle de Copiapó obedecía a Hualenica y la baja a Aldequín, y que en Huasco gobernaban dos caciques de nombre Sangotay.

(20) Los antecedentes sobre Barrientos se encuentran sobre todo en las obras de Mariño de Lovera (página 32) y Rosales. Este último informa que era oriundo de Sevilla, que llegó al país en andas y que “renunció al hábito de español y le consagró tempo (del sol, en Quillota), con parte de sus armas, quedándose con sola la espada. Vistióse en traje de indio, pelóse las barbas, quedó descalzo... y en todo se dió a la vida bestial de los indios” (páginas 352 – 353).

(21) Véase la obra citada en la Bibliografía, páginas 3—4. Rosales confirma esta información, escribiendo que Barrientos “persuadió (finalmente) a Michimalonco que... matase a Naglonco, señor de Maipú, y se hiciese señor absoluto del valle”, es decir, de su parte superior, pues en la inferior dominaba su hermano Trangolonco. En una borrachera, estando ebrio Naglonco, Barrientos “lo acometió con su espada y lo mató de estocadas”. Este homicidio provocó un gran revuelo entre los presentes, y los partidarios y parientes de Naglonco sacaron sus armas, para castigar al

agresor. En la lucha se impusieron, sin embargo, el español y Michimalonco. (Obra citada, página 353).

---:---

5.- LA LLEGADA DE DON DIEGO DE ALMAGRO

Se le brinda una magnífica recepción en Quilota.— El lenguaraz Felipillo promueve un levantamiento que Almagro domina.— Este regresa al Perú llevándose casi todas las tropas peruanas quedadas en Chile, como también a Barrientos que se radica en Copiapó.



La partida de la expedición de Amagro desde el Cusco

El pronóstico de Barrientos acerca de la llegada de españoles resultó efectivo. Desde la segunda mitad de 1535, los chasquis transmitieron noticias de que una expedición compuesta por algunas centenas de españoles, cuyo número Vivar señala como de 400 y que el propio Michimalonco -como se verá más adelante-, hace subir a 500 hombres, se había puesto

en marcha a Chile por la ruta de Tupiza y Tucumán, acompañada por un ejército incaico de algunos miles de guerreros, comandado por el príncipe Paullo Túpac y que era acompañado por el Huillac Uma (Un mu), o sea, el sumo pontífice incaico.

El gobernador de Quillota informó sobre el particular a los curacas. Barrientos, que también fue consultado, hizo lo humanamente posible para inducir al gobernador a prestar el máximo de ayuda a esa expedición de Almagro, y, en efecto, Quilicanta solicitó esa cooperación también al gobernador Anién, de Coquimbo. Como, por otra parte, el nuevo inca investido por Pizarro, Manco Cápac, pertenecía a la dinastía de Huáscar y había impartido una orden en el mismo sentido, la expedición recibió en el camino toda clase de auxilios, primordialmente en forma de víveres.

Al llegar a Quillota, Quilicanta saludó a Almagro en compañía de 60 principales. Entre ellos se encontraba Barrientos, quien arengó a sus compatriotas con un discurso en castizo castellano, que los sorprendió tanto más por cuanto aquel español estaba vestido como indio peruano (22).

No estaba conforme con esta recepción y ayuda el curaca Michimalonco, quien era de parecer que debió



Recepción de Diego de Almagro en Quillota

haberse resistido la entrada de los castellanos. Estimó que la instrucción que habían recibido sus tropas por el soldado español era suficiente para poder hacerlo, una opinión que el propio Barrientos no compartía.

Su parecer fue compartido, en cambio, por el indio peruano Felipillo, lenguaraz de Almagro (que dominaba el español y el quechua), quien ya había actuado en Cajamarca, donde tradujo a Atahualpa las palabras que le dirigió el padre Valverde y quien procuró inducir a los indígenas de Aconcagua a sublevarse. Tal intención llegó al extremo de que el propio gobernador incaico temió que los mapuches podrían atentarse contra su vida, lo que lo indujo a abandonar sigilosamente Quillota y esconderse, junto con su séquito. Felipillo, por su parte, emprendió la fuga al Perú. Los españoles reaccionaron de inmediato, persiguieron al indio y lo hicieron prisionero, condenándolo a ser descuartizado, lo que se ejecutó.

Desde ese momento en adelante, la resistencia mapuche fue en aumento. Vivar informa que Almagro permaneció durante 7 meses en el valle, con 400 españoles, 600 caballos y “gran copia de gastadores” correspondientes al ejército de Paullo Túpac (23). No fue fácil reunir los víveres necesarios para sustentar a esa gente, pues el retiro del ejército incaico de Chile había hecho abandonar los cultivos que se hacían antes por cuenta del inca, lo que motivó, en parte, el estado de despoblación del valle que destaca Vivar.

Esta resistencia contribuyó a desengañar a los españoles. No encontraron ellos templos y palacios

pletóricos de alhajas de oro y plata, ni las había en las casas de los indios, ni llegaron a conocer los ricos lavaderos de oro de Marga-Marga. Sin duda, los valles chilenos ofrecían prodigiosas tierras cultivables, pero ellos habían participado en la expedición en la inteligencia de que podrían hacer un rico botín por medio del saqueo, como en el Perú, y la agricultura poco les interesaba. Hubo, adicionalmente, una gran mortalidad entre los yanaconas peruanos, y parte de ellos huyeron, de modo que faltaban brazos para atender a los soldados españoles. Lograron hacer cautivos mapuches, que tuvieron que encadenar en collares, a fin de que no se les fugaran.

Finalmente, la temporada en que llegaron a conocer el país (el invierno de 1536) no era muy propicia para entusiasmarlos a permanecer en él.

Rosales indica la causa de su regreso al Perú: “No habían hallado oro, plata en las casas de los indios, ni señal de riquezas, sino armas y peligros de la vida” (24).

Cuando emprendieron el regreso al Perú, Michimalonco los persiguió con sus huestes, logrando quitarles casi todos los cautivos que llevaban como acémilas.

Este levantamiento puso al mismo tiempo término al

dominio incaico en el valle de Aconcagua: Vivar nos informa que Michimalonco obligó al príncipe Quilicanta a retirarse a Colina, donde se estableció con las tropas que le permanecieron fieles y con su corte (25).

Colina era una antigua reducción araucana, cuyo nombre no proviene del español (como se supone comúnmente), sino del mapuche, en que “coli” significa el color pardo e “ina”, en los alrededores, explicándose por una morrena de arcilla parda adosada a un cordón al norte de ese lugar. Además, al interior se encuentran en los primeros contrafuertes andinos, aguas termales, por las que los dignatarios incaicos tenían igual preferencia que los romanos.

Se erigió en Colina un templo del sol, con numerosos ídolos, anexo al cual funcionaba un monasterio de las vírgenes del sol. Desde aquel reducto, Quilicanta continuó defendiéndose contra los ataques de Michimalonco.

En cuanto a Barrientos, Almagro lo obligó a acompañarlo en su viaje de regreso al Perú, hacia donde se dirigió en compañía de la ñusta y de sus hijos. Al llegar al valle de Copiapó, huyó del campamento y se radicó en él, haciéndose amigo de Aldequín, (nombre araucano: de aldü= muy y quim= entendido; al igual que el del otro cacique.

Huaalenica: de hualün= nacido e ücañ= fugitivo, escondido).

Se mantuvo oculto cuando pasó por el valle la expedición de Valdivia, pero se encontró con él Monroy, en 1542. Vivía allá con el nombre de Francisco Gasco y tenía un hijo de 7 años y otros menores. No nos corresponde ocuparnos en este ensayo de las aventuras que experimentaron Monroy y sus compañeros en aquel valle, que cuenta detalladamente Vivar, pero debe mencionarse que Monroy, al lograr escapar de Aldequín con Miranda, obligó a Barrientos a acompañarlo hasta el salar de Atacama, donde huyó, sin duda regresó a Copiapó, donde se encontraba su familia.

La identidad de Gasco con Barrientos, la afirma Góngora. Mariño de Lovera agrega que aquel los acompañaba “como forzado”, por lo cual Monroy “muchas veces lo deshonoró, llamándole hombre infame y más bárbaro que los mismos indios, pues gustaba estarse entre ellos. Y a la verdad, el desventurado sentía mucho el dejar dos indias que tenía, de las cuales le habían nacido algunos hijos” (26).

(22) Informa al respecto Rosales: “Llegados a Aconcagua salió Barrientos de paz entre Otros indios, vestido como ellos y con muchas plumas, y aunque por verle tan galán y arrogante

pusieron todos los ojos en él, ninguno lo conoció, hasta que habló en español”. (Obra citada, página 367).

(23) Obra citada, páginas 37–38.

(24) Obra citada, página 372.

(25) Vivar escribe sobre el particular: “Por ser valeroso y ser uno de los incas del Perú, Quilicanta estaba puesto por el inca en esta tierra por gobernador, y estando en ella cuando vino el adelantado don Diego de Almagro y él le sirviese y se le diese por amigo, fue esta amistad parte que él fuese enemistado de los caciques e indios. Era principalmente adverso suyo Michimalonco, el cual le quiso matar. Viendo Quilicanta la enemistad que le tenían, ajuntó a todos sus amigos y vínose a poblar el valle y río de Mapocho. De allí les hacía la guerra a los caciques Michimalonco y Trangolonco”. Obra citada, página 39. Esta información sobre la fuga del príncipe de Quillota a colina ha puesto término, al mismo tiempo, a la contradicción que existía en las fuentes acerca de la residencia del gobernador, pues algunos indicaban que estaba en Quillota y otros en colina: ahora sabemos que fue trasladada desde el valle de Aconcagua al de Mapocho (del que el río colina es tributario, así como el Mapocho lo es del Maipo).

(26) Debido al delito deshonoroso que había cometido, Barrientos parece haber estado interesado en cambiar su nombre y apellido, por lo cual figura como Francisco, Gonzalo, Pedro y con los apellidos de Barrientos, Calvo y Gasco, lo que ha producido no poca confusión en las fuentes. Vivar lo cita en Copiapó con el nombre de Gasco (página 64); Mariño de Lovera lo llama en aquel valle Francisco Casco e ignora su identidad con Barrientos. Pero

Góngora Marmolejo afirma rotundamente que Barrientos “por otro nombre se llamaba Gasco” (página 11), y Rosales dice que Almagro llevó desde Quillota consigo a “Pedro Calvo Barrientos, y desde el camino se huyó, y como estaba echo a la vida de los indios, se volvió a ellos, y en Copiapó hizo su asiento” (página 372).

---:---

6.- LA EXPEDICIÓN DE DON PEDRO DE VALDIVIA

El curaca de Aconcagua Arriba, Michimalonco, se subleva contra el príncipe Quilicanta y lo obliga a trasladarse de Quillota a Colina. — Induce a los araucanos del norte a oponerse al paso de una nueva expedición española.— Dificultades que encuentra don Pedro de Valdivia.— Sólo en los valles de La Ligua (Atepufo) y Maipo (Quilicanta) encuentra aliados contra los dos curacas de Aconcagua, Michimalonco y Trangolonco.



La fundación de Santiago por Pedro de Valdivia

Barrientos había anunciado a Michimalonco que los españoles regresarían al país. Actuando de común acuerdo con su hermano Trangolonco, quien se dejaba

guiar por él, el inteligente curaca mapuche no sólo siguió preparando a sus guerreros conforme a las enseñanzas del instructor Barrientos, sino que, ya eliminado el dominio incaico en el valle, se puso en contacto con los picunches del Norte Chico, hasta Copiapó, induciéndoles a preparar la resistencia (Rosales).

Cuando el gobernador incaico de Coquimbo había sido informado de la venida de Almagro, mandó “fabricar casas a recoger mantenimiento, juntando 4.000 fanegas de maíz y mucha carne de ovejas mansas (llamas) y mucha de las que llaman guanacos, de que hicieron cecina, que en su lengua se llama charqui, matando para ellos 4.000 reses y más de 15.000 perdices, de que ellos suelen hacer (también) cecina, ultra de otros regalos” (Mariño de Lovera) (27).

El regreso del propio Almagro al Perú había dejado, en cambio, una pésima impresión entre los indígenas que fueron despojados de cuanto podía ser útil a los invasores, quienes los obligaban, además, a hacer los transportes y abusaban de sus mujeres. Vivar ha dejado un elocuente testimonio de esos hechos (28). Ellos contribuyeron a facilitar los propósitos de Michimalonco.

El hecho es que cuando Pedro de Valdivia llegó al país, se le presentó en cada uno de los valles una

situación idéntica: los indígenas habían abandonado sus viviendas, retirándose a las sierras y enterrando sus alimentos en sitios difíciles de descubrir. Los guerreros se encontraban en pie de guerra; las mujeres y niños habían sido conducidos a lugares inaccesibles al interior de la cordillera andina.

De este modo, la marcha del conquistador a la parte central del país fue una constante preocupación por lograr abastecimientos y solucionar el problema del hambre. Vivar informa al respecto, por ejemplo, que en el valle de Huayco, Aguirre logró hacer prisioneros a 14 indios. Valdivia les preguntó por la gente del valle, a lo que

contestaron “que estaban en las sierras escondidos, con el temor que tenían de los cristianos. Como estaban avisados de nuestra venida, habían escondido la comida..., que no se podía hallar. Los cristianos



Don Pedro de Valdivia

traían gran falta y, por estas dos causas, pensaron perecer de hambre, Viendo tan buen valle..., se quedaron escondidos mucha gente de servicio, así del Perú como de otras partes. Pasaron de 400 personas las piezas (ayudantes) que aquí se nos huyeron por falta de bastimento que se traía” (29).

La misma situación se repitió en los demás valles. En Samo Alto se “hallaron 5 cholles, que son unos perros de la grandeza de gozques (N.d.E.: de la voz española gozc usada para llamar al perro – “perro gozque”), algunos mayores, los cuales fueron tomados y luego muertos y asados y cocidos con zapallos..., y no se tuvo por mala comida” (30).

Al llegar al valle de Limarí, “había 9 días que no comían sino hierbas cocidas en agua y sin sal”, pero tuvieron la suerte de descubrir un depósito de víveres “con tanto bastimento que habrá para 10.000 hombres” (31).

Al llegar al valle de La Ligua, fueron acogidos por primera vez en forma amistosa: Atepuco (de atemn= cansado y pudú, el venado enano) los informó sobre la situación política existente más al sur y, en especial, acerca de la guerra estallada entre los caciques mayores del valle de Aconcagua con Quilicanta y sus aliados, uno de los cuales era el propio Atepuco. Este último disponía “de una guarnición de indios para

guarda de su persona, porque tenía continuamente guerra con el cacique Michimalonco, señor de una de las mitades del valle de Aconcagua”. Atepuco estaba radicado “junto al camino, entre unas cañaverales, de las cuales tenía casi por fuerza”, es decir, que le servían para refugiarse y defenderse en ellas (32).

Esta situación política era, altamente interesante para Valdivia y lo indujo a sacar provecho de ella, aliándose con los enemigos de Michimalonco. Fue favorecido, pues, por esas rivalidades, al igual que los tlacaltecas apoyaron en México a Cortés y los partidarios del inca Huáscar a Pizarro en el Perú.

Por tal motivo, Valdivia no se detuvo en el valle de Aconcagua, sino que marchó directamente al del río Mapocho, donde eligió, de inmediato, un sitio apropiado para fundar la primera ciudad.

Por Vivar sabemos que esa elección ya la había hecho antes de llegar a Chile, pues cuando prosiguió la marcha desde el valle de Copiapó hacia el sur, al poner en libertad a prisioneros que tenía, y entregar a los principales que allí estaban presentes las mujeres e hijos del cacique Hualenica, “les mandó que las llevarsen y entregasen a su señor y le dijesen de su parte que, puesto que entre ellos había habido mortal guerra”, tal hecho “no impedía la fidelidad que los cristianos tenían y usaban”, pues “a ello les obligaba

su religión cristiana y su nación española, y que le dijese la cortesía y buen tratamiento que les habían hecho y que supiese como él con toda su gente se iba a poblar un pueblo como el del Cuzco a las riberas del río nombrado Mapocho, y que fuesen allá a darle obediencia en nombre de Su Magestad”.

Indudablemente, participantes en la expedición de Almagro, que integraban también la de Valdivia, lo habían informado de que en ese valle se encontraba el sitio más favorable para fundar una ciudad. El propio Almagro lo había reconocido.

Al llegar al río Mapocho y acampar en La Chimba, sobre su orilla boreal, lo fueron a visitar el príncipe incaico (Quilicanta), Loncomilla, Atepucho y otros 10 caciques que eran amigos del gobernador incaico y que habían formado una confederación contra Michimalonco y Trangolonco (33). Todos ellos prometieron acatar el dominio español: veían en Valdivia a un aliado que los iba a apoyar en “la ‘guerra muy trabada’ en que estaban empeñados (34).

Fuera de ellos llegaron otros caciques a rendir pleitesía al caudillo español, con excepción de los señores del valle de Aconcagua. Michimalonco le mandó decir que no lo haría, pues “estaba en parte tan segura que no tenía miedo a los cristianos” (35).

(27) Obra citada, página 28. Rosales describe el viaje da Valdivia a Chile en los Capítulos X y XI del Libro III.

(28) Cuando don Pedro de Valdivia conferenció, por ejemplo, en Copiapó con el toqui Ulpar (de uln= loco y pal=estrella: Estrella Loca o Meteorito) y le explicó los propósitos que lo animaban en su expedición, aquel le contestó que “estaba escarmentado de lo que había visto hacer a don Diego de Almagro y a su gente, porque les había llevado mucha gente en cadenas y que en el Despoblado habían visto los cuerpos de los indios muertos que allí habían perecido”. Obra citada, página 22. En Huasco, el toqui Calaba (de ca= otro y lavaln= merecer la muerte, apodo típico de los araucanos para un jefe militar), éste le expresó que “tenían muy gran temor a los cristianos por el maltratamiento que don Diego de Almagro y su gente les había hecho, y les habían quemado a su cacique principal nombrado Marcandey (de marca= pobiación y antü= sol, o sea, un mitimai incaico), y que su hijo de éste era señor ahora, y que les mandó que antes se fuesen a morir por las sierras que servir a estas gentes”. Obra citada, página 29.

(29) Obra citada, página 30.

(30) Obra citada, páginas 30—31.

(31) Obra citada, página 33.

(32) Obra citada, página 35

(33) Vivar, obra citada, página 39. Loncomilla es citado por Rosales (no por Vivar), quien escribe de él que fue desde los primeros días el más leal de los amigos de los españoles. Obra citada, página 383. Vivar se refiere al propósito de Valdivia de fundar una ciudad sobre el Mapocho, en la página 28 de su

“Crónica”,

(34) información de Vivar. Obra citada, página 39.

(35) Vivar. Obra citada, página 41.

---:---

7.- TOMA DE LA FORTALEZA DE MICHIMALONCO

Valdivia funda Santiago y se dirige contra Michimalonco, conquistando su fortaleza de Taucalan.- Como rescate para recuperar la libertad, aquel curaca le ofrece los lavaderos de oro de Marga-Marga.

La ciudad de Santiago fue fundada el 12 de Febrero de 1541, y tres meses más tarde, o sea, a mediados de Mayo, Valdivia acordó liquidar el foco de resistencia existente en el valle de Aconcagua, saliendo con 60 soldados españoles y un número indeterminado de tropas auxiliares (yanaconas peruanos y guerreros facilitados por Quilicanta, Atepufo y otros caciques enemigos de Michimalonco) al curso superior de aquel río.

Al pie de la cordillera andina, el toqui araucano “tenía un fuerte hecho extrañamente ordenado”... “De una parte tenía una loma alta y por el otro lado un gran cerro de muy grandes peñascos”, por cuya “falda corría un pequeño río montuoso”. “Casi estos dos cerros se juntan con la cordillera nevada y venían abajo ensanchando”.

Michimalonco había unido el cerro con la loma por medio de una trinchera construida con Algarrobos de muchas púas, cuyas ramas y troncos estaban

entretrejididos y que llevaba “a parte convenientes hecha troneras para flechar y para salir de ella”. La trinchera, que se extendía por un terreno plano, estaba ocupada por unos 4.000 guerreros. Más al oriente, “en una segunda plaza del fuerte”, se encontraban las mujeres y niños.

Al contemplar Valdivia este fuerte, “admiróse de ver tan fuerte sitio y peligroso para combatir” (36).

En el curso superior del río Aconcagua, esta descripción —que es muy precisa y clara— concuerda topográficamente con los terrenos que se encuentran situados al norte del río Aconcagua, en la actual comuna de San Esteban, comarca denominada “Aconcagua Arriba” (conocida antiguamente con el nombre de Custuma).

Están limitados al poniente por la Loma del Ají (denominada también ésta hoy en día por los lugareños como cerro Taucalán), que se extiende 3 kilómetros desde el río hacia el norte, constituyendo un baluarte natural.

Siguen hacia el norte 4 kilómetros de terrenos planos, en medio de los cuales corre el río San Francisco, que nace al oriente en los contrafuertes andinos y se dirige hacia el poniente pasando al porte de la ciudad de San Felipe con el nombre de Estero de Quilpué,

para desembocar en el de Putaendo a escasa distancia de la unión de éste con el de Aconcagua. Hacia el norte de la loma del Ají (que alcanza una altitud de 932 metros, superando en unos 150 metros a la de los terrenos planos vecinos) se eleva un cerro a 1.041 metros, que está unido a la cordillera andina por medio de un portezuelo y que forma parte de un cordón que separa Jahuel de la hacienda de Lo Calvo.

La trinchera descrita por Vivar se dirigía, “de la una punta del cerro a la otra (de la loma), casi derecha”: todavía existe en esa forma, constituyendo el límite entre las comunas de Santa María y San Esteban. La “segunda plaza” quedaba al oriente de otra loma, similar a la del Ají, a 3 kilómetros de ella y denominada Paidahuén (37).

El terreno plano entre estas dos lomas era regado ya en aquel tiempo y correspondía a la reducción cuyo cacique era Michimalonco. Este hecho queda comprobado por haberse encontrado en la segunda plaza sus mujeres e hijos. Al norte de los terrenos regados se extendía en los de secano un matorral muy tupido de algarrobos (actuales haciendas de San Regis y Lo Calvo), cuyo regadío data del siglo pasado solamente (38).

Valdivia dividió sus tropas en tres partes. Francisco de Aguirre recibió la orden de atacar por el sur,

trepando a la loma del Ají. Francisco de Villagrán se dirigió hacia el norte, “pasando un pequeño río” (el de San Francisco), para hacer un movimiento envolvente similar por el faldeo del cerro. Valdivia, por su parte, atacó directamente la trinchera desde el poniente con el grueso de sus fuerzas.

Se combatió una hora y media. En seguida, los guerreros de Michimalonco, tomados por los dos flancos y por el frente, emprendieron la fuga “por las espesuras de los más espesos montes”.

Prosigue el relato de Vivar: “Michimalonco salió desnudo en carnes, embijado y arrayado con tinta negra todo el rostro y cuerpo, porque así lo acostumbran por ferocidad. Traía las vergüenzas tapadas con una cobertura hecha de plumas. Traía su arco y flechas en las manos, diciendo: ¡Inchi Michimalonco!, que quiere decir: ¡Yo soy Michimalonco! Esto lo decía con grande ánimo”.

Es interesante que en ese momento, en que se mostró orgulloso de la resistencia opuesta a los españoles y del valer de su persona, haya empleado la lengua mapuche para exteriorizarlo. Es una prueba contundente de que se sentía mapuche.

Fue hecho prisionero por Rodrigo de Quiroga. De inmediato disparó “una flecha en alto, la cual iba

silbando”, lo que constituía una orden a sus guerreros de suspender la resistencia. Dirigiéndose a Valdivia, le dijo: “Tata, manda a estos cristianos que no me maten más gente, por que yo he mandado a la mía que no peleen (más), y les he mandado que vengan a servir”.

El propio Michimalonco señaló a los españoles la “segunda plaza del fuerte”, ya mencionada, donde “hallarían a sus mujeres y dos talegas de oro en polvo, de que, según demostró, habría media fanega”.

Se dirigieron a esa plaza y trajeron a las mujeres, pero no el oro. Michimalonco imploraba a su vencedor que no tolerara que hicieran mal a sus mujeres. “Respondió el general —escribe Vivar— que él le daría sus mujeres sanas y sin ofensas y con ellas el oro, si lo trajesen, porque él no venía por oro, sino a que supiesen que habían de vivir en nuestra Santa Fe y darles obediencia y servir como los indios del Perú y que, haciendo de hoy en adelante eso, serían bien tratados y amparados él y sus indios y mujeres e hijos y haciendas..., y que, haciendo esto, le perdonaba la guerra que le había hecho..., y que, haciendo lo contrario, él y todos sus indios serían muertos, y que no les valdrían las sierras ni las nieves, ni aún esconderse debajo de la tierra”.

Mientras eso le explicaba, llegaron las mujeres, y se las entregó con estas palabras: “Toma tus mujeres e

hijos, y pésame por que no trajeron el oro, para dárselo también, pues es tuyo, que yo al presente no tengo necesidad de él. Búscalo entre tus indios, que ellos lo tendrán escondido, y aprovéchate de él, que yo no lo quiero”.

Michimalonco, por su parte, al verse tan bien tratado, lo “proveyó de maíz y algunas ovejas”. No estaba del todo convencido de la generosidad de Valdivia, pues los españoles que habían venido a Chile con Almagro le habían pedido oro, de modo que suponía que también Valdivia y su gente estaban interesados en conseguirlo, por lo cual le agregó: “Tata, yo te quiero servir con cierta cantidad de oro que haré sacar... de las minas, y para sacarlo tengo necesidad que me sueltes y que me des licencia”, prometiendo que en breve lapso llenaría con ese oro un tambor que señaló, en que cabían —según Vivar, quien estuvo presente— unos 120.000 pesos en pepitas.

(36) Vivar, Obra citada, páginas 41—42.

(37) En ella existe, frente al río Aconcagua, dos grupos de petroglifos todavía no descritos.

(38) Datos de Vivar. Obra citada, páginas 41–45. En una colección de títulos de predios rústicos de la región, obsequiados por don Juan Luis Espejo a don Benjamín Olivares, de la Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua y puestos a disposición de los estudiosos por éste, se encuentra uno que se refiere a una

compra de 100 cuadras de terrenos hecha por Juan de los Ríos Sotomayor a Beatriz de la Barrera en 1635. Se indica en él que “lindan con tierras de los indios y el río (de Aconcagua) desde el cerro llamado Paidahue, donde tienen su cabezada, y descabezan con otro cerro llamado Tabcalán, y por costados (tiene al norte) los mojones de los indios y (al sur) el río”. El predio formal pues, una faja a lo largo del río, sobre su orilla boreal, limitaba al norte por la faja que correspondía a la antigua parcialidad de Michimalonco, a lo largo del camino a Cuyo. El cerro de Tabcalán que se cita, se conoce ahora (por su forma) como Loma del Ají. El topónimo araucano se deriva de tev= junto a, lan= morirse, indicando la preposición ca que la acción del verbo se repite, o sea: (Cerro) Junto a la Matanza, alusión a la batalla que se realizó en 1541 al norte de él. En un trabajo publicado en el Boletín de la Academia de la Historia, N° 60, Santiago 1959, páginas 168–192, José Armando de Ramón informa que el capitán Diego de la Huerta Villagutiérrez, que era corregidor de Aconcagua a principios del siglo XVII, había obtenido del gobernador Alonso de la Rivera un merced de tierras que comprendía los potreros de Ducapu (Ducapunon, de duca, ruca= choza y punon= adentro “Ruca de Adentro”), Púcara y Huitué (huibn= chorrear, tué= tierra: Tierra en que brotan vertientes), de la colección de títulos ya citada se desprende que el potrero de Ducapunon se encontraba al sur de la estancia de Jahuel y comprendía 600 cuadras, que Alonso de Ribera había concedido el 2 de julio de 1604. Quedaba al sur del cerro Chequén (ahora Lo Calvo). Los Otros dos potreros eran vecinos: el de Pucara quedaba al oriente del primero, en el sitio mismo de la batalla. Apeló en contra de esta merced la cacica María Trejo (Tregua=perro?), quien alegó que esas tierras estaban situadas “en la boca del potrero de indios de Aconcagua”, que era justamente la reducción de Michimalonco. Alonso García Ramón le concedió el amparo solicitado. De este modo, la toponimia

confirma la situación de ésta, que concuerda con la descripción de Vivar, ya citada.

Para la mejor comprensión de la situación de las tierras indígenas, cabe agregar que el río Aconcagua, al salir del ámbito andino, ha acumulado grandes cantidades de sedimentos recientes en ambas orillas, de modo que el terreno desciende hacia el norte y sur. Es por eso que los esteros de San Francisco y Pocuro corren paralelamente a aquel río, al pie de los cerros que bordean el valle. Los mapuches ocupaban una faja regada al norte y al sur de las orillas deyección.

---:---

8.- ORGANIZACIÓN DE LOS LAVADEROS DE ORO DE MARGA-MARGA

Aguirre y Villagrán visitan los antiguos lavaderos de oro Incaicos y establecen su importancia. Michimalonco suministra operarios para trabajarlos.

Valdivia se mostró muy complacido por este desenlace, pues, en realidad, aún cuando había venido a radicarse en el país para siempre, necesitaba cantidades apreciables de ese metal precioso para traer del Perú más pobladores y pertrechos bélicos y manufacturas europeas de que carecían sus compañeros.

Michimalonco le ofreció un guía para que mandara inspeccionar las minas a que aludía, y el conquistador ordenó a Aguirre y Villagrán que se dirigieran a ellas. Quedaban a 14 leguas (90 kilómetros) hacia la costa, (39) distancia exacta desde Aconcagua Arriba hasta los lavaderos de Marga-Marga, pues de ellos se tra

taba y que de esta manera llegaron a conocer los españoles. En el camino hacia ellos, que bajaba por el valle hasta Quillota y se dirigía en seguida al sur, fueron saludados por principales de Trangolonco. Al llegar a los lavaderos, se enteraron de que se les había explotado por los incas, pues encontraron viviendas e instrumentos de trabajo. Allá huyó el guía que los

acompañaba.

De regreso, pasaron al atardecer “junto a una laguna, de la cual desaguaba un río no muy grande, (en una comarca) muy muntuosa, de grades árboles” Los indios habían inundado todos los alrededores, a fin que los españoles no los pudieran atacar con su caballería. Había en el fortín 600 guerreros comandados por Leve (de levi= corrió, verbo que integra numerosos apellidos, como epuñ= aguilucho. Los araucanos solían pronunciar sólo la primera letra de ellos, o sea, levie= leviepuñ= aguilucho que corrió). Esperaron hasta la madrugada, en que Diego Sánchez de Morales tomó el fortín por sorpresa e hizo prisionero a Leve y otro indio principal, además de muchos otros; seguramente, participaron en la acción tropas auxiliares. De acuerdo con las características del lugar, debe haberse tratado de Panquehue, único que las reúne entre Marga-Marga y Aconcagua Arriba.

En atención al resultado favorable de la prospección realizada, Valdivia aceptó el ofrecimiento de Michimalonco: puso en libertad a éste y obtuvo de él -según Vivar-, 600 indios jóvenes para trabajar los placeres. Es de suponer que ellos pertenecían a la región dominada por Michimalonco, o sea la parte superior del valle. Ordenó, además, construir un bergantín, para lo cual hizo “cortar madera en un vallecito que junto a las minas estaba y cerca del

mar”. Como los lavaderos comprendían los esteros de Marga-Marga, Quilpué y Las Palmas, que forman la hoya hidrográfica del de Viña del Mar, no cabe duda que la embarcación fue construida en las playas del principal balneario actual del país y no en Concón (40)

Acerca de los obreros empleados en estos trabajos es aún más explícito Mariño de Lovera. Afirma él que Michimalonco le ofreció “1.200 mancebos de 24 a 30 años y 500 mujeres solteras y doncellas, muchas de ellas huérfanas y vagabundas, todas de 15 a 20 años”. Este personal ya había sido ocupado antes por los funcionarios incaicos, pero Valdivia excluyó de él, desde luego, a las mujeres, a fin de evitar abusos con ellas. Envió a los placeres a dos españoles “que sabían bien el arte y manera de sacar oro”, a fin de que dirigieran las labores: eran Pedro de Herrera y Diego Delgado. Como jefe de ellos y de una guarnición destinada a Marga-Marga y Viña del Mar designó a Gonzalo de los Ríos (41).

De este modo, en 11 días se obtuvo una producción de 25.000 pesos de oro en polvo y pepas, que fue enviado a Santiago, donde lo fundió Monroy.

Admitiendo que el personal ocupado fue de 600 hombres, el rendimiento medio habría sido de 17,4 gramos por hombre/día, o sea, altamente

satisfactorio.

El conquistador podría considerarse feliz con estos resultados: había reducido al principal opositor que tenía en Chile y logrado organizar una faena que le aseguraba grandes entradas en oro y cuyos impuestos, los quintos reales, o sea, el 20 por ciento de la cantidad bruta producida, iba a dejar muy satisfecho también al rey.

Fue por eso que pensó inmediatamente en la construcción del bergantín, que debía llevar “mensajeros al marqués don Francisco Pizarro para que avisase a España a S. M. de la riqueza que había en esta tierra y para que lo socorriese de gente y armas, porque eran pocos cristianos entre muchos enemigos; y conociendo la gente que es y la amistad que muestran y la poca fidelidad que guardan..., mandaba hacer gran guardia. Hizo recoger y encerrar en la ciudad”, además “mucha cantidad de provisión, que bastaba para más de un año” (42).

Estando preocupado de la organización de los placeres, y cuando se había producido oro durante sólo 11 días, Monroy le avisó desde Santiago que algunos almagristas estaban tramando una sedición. Por tal motivo, tuvo que emprender un viaje a la ciudad, donde procedió con gran rapidez contra los complotados, mandando ahorcar a 5 cabecillas.

(39) Las leguas geográficas que menciona Vivar (como también las señaladas en las demás fuentes de la época) se computan a 17 1/2 por grado de latitud (de 111 kilómetros), de modo que tenían una longitud de 6,35 kilómetros.

(40) Vivar describe detalladamente los hechos sucintamente narrados. Obra citada, páginas 45—48.

(41) Obra citada, páginas 54—55.

(42) Obra citada, página 47.

---:---

9.- EL LEVANTAMIENTO INDÍGENA

Trangalonco se subleva en Quillota y mata a los españoles, negros e indios peruanos, escapando sólo Gonzalo de los Ríos con un esclavo negro. Quema también un bergantín en construcción en Viña del Mar. Sigue un levantamiento general que comprende los valles de Aconcagua y Cachapoal. Ataque e Incendio de Santiago. Valdivia conquista una fortaleza de Trangalonco en la cuesta de Zapata.

La ausencia del caudillo, de los lavaderos, fue aprovechada de inmediato por Trangalonco para sublevarse, acerca de lo cual informa Góngora Marmolejo:



Batalla entre españoles y araucanos

“Vino el señor principal del valle con unos granos de oro, gruesos como nueces, al capitán Gonzalo de los Ríos, dejando toda su gente emboscada junto a ellos, y le dijo: “Señor, toma este oro, que como éste te daremos (en) breve lo que prometimos a Valdivia.

Gonzalo de los Ríos tomó el oro, y estándolo mirando, el indio alargó la mano, y sacándole la espada de la cinta, le tiró una estocada con ella, y dio voces, llamando a su gente. Salieron de sobresalto... con tanto ímpetu que, aunque estuvieron sobre aviso, los mataron a todos. Los pobres españoles pelearon desesperada mente”, pero cayeron uno tras otro, menos Ríos y un esclavo negro, Juan Valiente, “que acertaron a tener los caballos ensillados. Cuando oyeron salir los indios de la emboscada..., huyeron a los caballos y llegaron a la ciudad de Santiago (que queda a una distancia de) 16 leguas (101 kilómetros) de camino, en un día, donde Valdivia fue informado de lo sucedido” (43).

Dentro de una hora, éste salió con 40 jinetes a M pero sólo pudo constatar la muerte de 13 españoles, 4 esclavos negros “y muchos yanaconas e indios del Perú”. El bergantín en construcción había sido quemado. De los indios peruanos, algunos lograron salvarse, escondiéndose en los montes (44).

Valdivia no estaba dispuesto a renunciar a la

producción de oro, de modo que mandó construir de inmediato una casa-fuerte en Marga-Marga, levantada con adobes y madera. Además, prohibió a los indios de Trangolonco sembrar maíz y realizó grandes sementeras de ese cereal por su cuenta —como el inca— a fin de mantener sometidos y dependientes a aquellos.

Esta acción de Trangolonco se realizó sin el consentimiento y en contra del parecer de Michimalonco (45). Sin duda, éste tenía el propósito de sublevarse, pero consideró que aquel ataque era prematuro y constituiría un episodio aislado. Además, él mismo tenía necesidad de reponerse de la sensible derrota que acababa de experimentar (46).

No obstante, el efecto de la acción de su hermano fue fulminante: los picunches se enteraron, gracias a ella, de que los españoles eran vulnerables (47), y el alzamiento se hizo general.

Los hechos obligaron a Michimalonco a actuar. Como los acontecimientos ocurrieron a fines de mayo o principios de junio, tenía el invierno por delante y podía así preparar un ataque concéntrico contra los españoles. Tenía motivos para abrigar grandes esperanzas en poder liquidarlos. Casi inocentemente, el propio Valdivia, al instalarse en Santiago, había entrado en una trampa, pues se encontraba rodeado

ahora por poderosos enemigos que lo podían agredir simultáneamente desde el norte y el sur.

Con infatigable tenacidad, el caudillo mapuche visitó a todos sus aliados en los valles de Aconcagua y Maipo, logrando reunir efectivos de un total- de 10.000 guerreros. Luego se dirigió a los promaucaes de Cachapoal y los informó sobre los acontecimientos, pronunciándoles vibrantes discursos, por medio de los cuales los exhortaba a continuar la obra de liberación iniciada con la expulsión de las tropas incaicas del país. Encontró un amplio eco. En ese valle se organizó otro ejército, que llegó a contar 16.000 guerreros. Se convino cercar Santiago y tomar la ciudad por asalto en la primavera venidera (48).

Estos preparativos recibieron un refuerzo inesperado. Valdivia —ofuscado por la sedición— cometió el error de apoderarse de todos los caciques que pudo haber, para mantenerlos recluidos en calidad de rehenes en su casa de Santiago (Correo Central). Entre ellos se encontraba también el príncipe Quilicanta. El resultado fue que estos caciques, que habían sostenido una prolongada guerra con Michimalonco, se reconciliaron con él y le ofrecieron su cooperación. De este modo, los españoles quedaron completamente aislados, y sólo pudieron contar con la ayuda de los indios que habían traído del Perú. El odio de los mapuches se dirigió, en primer término, en contra de

éstos, y no podían dejarse ver en ninguna parte, pues eran agredidos y ultimados de inmediato. De este modo se privó a los españoles de sus fuerzas de trabajo, o al menos, ellas sólo podían operar cuando estaban debidamente protegidas.

Valdivia sólo vislumbraba lo que Michimalonco estaba tramando en contra de él. Le pareció, en todo caso, conveniente mantener la ofensiva, en vez de esperar que a ciudad fuera sitiada por las fuerzas unidas de todos sus contornos. Una casualidad le permitió conocer, sin embargo, el plan de ataque. Con buen criterio, creyó acertado volver a atacar de inmediato a Michimalonco en su reducto, por lo cual se dirigió a Aconcagua llevando consigo a 30 jinetes, 30 arcabuceros y tropas auxiliares. Al pasar frente a Colina observaron dos espías sobre una loma. El maestro de campo, Gómez de Don Benito, recibió orden de cercarlos, hacerlos prisioneros e interrogarlos. Sometidos a tormento, confesaron que los 400 guerreros que iban con los españoles y que les habían sido facilitados, por el príncipe Quilicanta, tenían orden de matar sus caballos tan pronto atacaran a Michimalonco. Agregaron que era inminente un ataque de los promaucaes contra la ciudad. Se descubrió que los dos espías habían confeccionado quipos, en que se indicaban con diversos colores y nudos los efectivos con que Valdivia

marchaba en contra de Michimalonco. A fin de que éste no se enterara de que aquel conocía su plan de ataque y sus relaciones con sus antiguos enemigos detenidos en Santiago, los dos indios fueron ahorcados.

Valdivia regresó de inmediato a la ciudad y disimuló, dirigiéndose hacia el sur, donde, efectivamente, el señor de Cachapoal había concentrado sus fuerzas en una fortaleza a orillas del río homónimo. Vivar informa que el nombre correspondía primero al cacique (de cacha= hierba y poal o sea, Hierba Loca, especie vegetal que abunda en el curso superior del río) y que sólo más tarde fue aplicado también al río (49).

Al contemplar la fortaleza, Valdivia se enteró de que sus fuerzas eran insuficientes para atacarla, por lo cual fingió una retirada durante todo el día, perseguido por los promaucaes. De noche, una vez separado de sus perseguidores, realizó una contramarcha, dejándose caer de madrugada, de improviso, sobre la fortificación, que conquistó. Encontrábase ésta cerca de las casas de la antigua hacienda de la Compañía, en la comuna de Graneros.

Entre tanto, Michimalonco preparó el ataque proyectado contra la ciudad, que se verificó el 11 de Septiembre de 1541, cinco días después de haberse

alejado el caudillo de ella para combatir a los promaucaes.

Mariño de Lovera informa que el asalto se realizó en dos fases sucesivas (50). La primera, iniciada en el “cuarto del alba” (tres horas antes de amanecer), estuvo al mando de uno de los capitanes de Michimalonco, Alcana (de alca= varonil y naln= combatiente, peleador) y de Trangolonco.

Vivar dice que los indios penetraron sin dificultad en la ciudad y que llevaban fuego en ollas, que propagaron en las casas, que eran de madera, con techos pajizos y en las cercas de los solares, que eran de carrizo. Pronto toda la población constituía una inmensa hoguera. Los 54 españoles y escasas tropas auxiliares que la defendían mantuvieron, sin embargo, sus posiciones. En previsión de un ataque, los españoles habían construido “albarradas y trincheras” (51).

En total, Valdivia se había apoderado de 9 caciques, a dos de los cuales había llevado consigo a Cachapoal, pues eran de allá. Unos 1.000 araucanos penetraron hasta la plaza de armas de la ciudad, en cuya esquina norponiente se encontraban los siete caciques restantes, que “comenzaron a dar voces a los suyos para que los socorrieran, libertándolos”.

Inés de Suárez, la única española que acompañó a la expedición de Valdivia, se enteró del peligro que representaban esos caciques, pues animaban a los atacantes y constituían una meta fija, en contra de la cual se dirigían todos sus esfuerzos. Por tal motivo concurrió a la casa de Valdivia, en que estaban reclusos los jefes indígenas, y gritó a los dos guardias que los matasen. Uno de ellos, Hernando de la Torre, preso de terror, le



Ines de Suárez decapitando a los caciques

contestó: “Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar?”, a lo que le replicó: “¡De esta manera!“, y desenvainando su espada, los mató a todos, mandando arrojar luego los cadáveres sobre la plaza (52).

Agrega Vivar que ella misma gritó a los atacantes: “¡Afuera aucaes!” ¡Ya yo os he muerto a vuestros señores y caciques y haré lo mismo con vosotros!“, mostrándoles su espada ensangrentada. “Los indios no

le osaban tirar flecha alguna, porque les había mandado Michimalonco la tomasen viva y se la llevasen”. Viendo los indios que lo dicho por ella correspondía a la verdad, “volvieron las espaldas y echaron a huir los que combatían la casa” (53).



La batalla por la destrucción de Santiago

En atención al fracaso experimentado, los atacantes se retiraron al mediodía. En ese lapso llegó Michimalonco con una fuerza igual a la que había operado en la mañana.

Prosigue Mariño de Lovera: “Viéndolos con tanta sorna a tiempo en que pensaba él que se habían comido a los españoles sin resistencia, les habló con palabras graves y severas, que argüían entendimiento y valor de uno de los emperadores romanos (más) que de bárbaro chilense: porque aunque estos indios, son

comúnmente de bajos naturales..., hay algunos que representan, el señorío y autoridad de sus linajes y oficios, y tal era este Michimalonco, cuya prudencia, sagacidad y otras buenas partes naturales autorizaban mucho su persona. Por esta causa era muy respetado de los indios, no menos por ser muy liberal y dadivoso para sus súbditos, y templado, sobrio y compuesto en si mismo... Era... de buena estatura, muy fornido y animoso, tenía el rostro alegre y agraciaba tanto, que aún a los mismos españoles era amable”

En su peroración a los araucanos, les recordó que si bien habían sido capaces de hacer salir a Almagro del país, a pesar de que disponía de 500 hombres, ahora eran vencidos “por 32 hombrecillos”, que era el número de jinetes de que disponían los defensores. Finalmente, preso de una ráfaga de ira, les expresó que debían dejar de ser conas y tomar el oficio de mujeres y que él renunciaba a seguir siendo su toqui.

A esto replicó Alcana que de ninguna manera había terminado la acción, pues sólo estaban descansando para acometer de nuevo, esperando que, con la ayuda de su propio toqui general y el refuerzo que aportaba, pronto terminarían con la resistencia española.

Antes de iniciar el ataque —afirma el mismo cronista— Michimalonco mandó espías a la ciudad, a fin de saber cuántos españoles habían caído en las luchas de

la madrugada. Todos informaron que habían contado 33 jinetes, lo que pareció absurdo al toqui, pues en la ciudad se encontraban solamente 32 caballos. La contradicción se explicaba, por cuanto uno de esos jinetes era el apóstol Santiago (54).

Se reanudó la batalla por Santiago por los restos del ejército de 5.000 hombres que atacó en la mañana, reforzado ahora por otro ejército de igual número al mando de Michimalonco, quien había enrostrado a aquellos su cobardía y falta de condiciones militares. Se encontraba ahora en juego su propio prestigio militar. El grueso de las fuerzas españolas estaba ausente, como también la mayor parte de los yanaconas peruanos que los auxiliaban. Sólo una pequeña parte de éstos se encontraba en la ciudad, y el número de los españoles no excedía de 55. Si se tomaba la ciudad, podía preverse que también quedaba sellada la suerte del propio conquistador y de su gente. Tan seguro estaba Michimalonco de la victoria que lo esperaba, que ya había destinado a Inés de Suárez a su harem, ordenando se la entregaran sana y salva, lo que es al mismo tiempo una comprobación de las extraordinarias condiciones que adornaban a esta mujer.

Finalmente, debe tenerse en cuenta que el caudillo araucano había preparado cuidadosamente a su ejército durante los ocho años transcurridos desde

que Barrientos le dio las primeras instrucciones conforme a las prácticas españolas.

A pesar de todos estos factores favorables, el valiente general araucano (así lo llamaban los cronistas) (55) no logró absolutamente nada. Aquel puñado de españoles rechazó todos los ataques. Finalmente, éstos lograron el dominio de las calles, y los atacantes se escondían en los escombros ardientes y humeantes de los edificios, pues “no osaban salir de la ciudad por temor de los caballos, a causa de ser las salidas de la ciudad llanas y los montes para acogerse lejos. Más, al fin no pudiendo sufrir (ya los ataques de) los cristianos, determinaron salir de la ciudad, y... como era campo ancho y largo (el que la rodeaba), los de a caballo, aunque cansados, no dejaban de alcanzar algunos”: así informa Vivar (56)

La intervención del apóstol Santiago ha sido considerada por algunos historiadores como una patraña inventada por el padre jesuita Escobar y agregada a la obra de Mariño de Lovera (57). Vivar, sin embargo, soldado raso, hijo legítimo de los campamentos militares de Chile, que se crió en ellos desde los 15 hasta los 33 años de edad, informa lo siguiente a este respecto: “Prendiéronse muchos indios y, preguntados que por qué huían tan temerosos, respondían porque un viracocha viejo en un caballo, vestido de plata, con una espada en la

mano, los atemorizaba, y que, por miedo de este cristiano huyeron. Entendido (por) los españoles tan gran milagro, dieron muchas gracias a Nuestro Señor y al Bienaventurado Apóstol Señor Santiago, Patrón y Luz de España” (58).

Mariño de Lovera agrega que también intervino en la batalla la Virgen María, quien les echaba —según declararon muchos indios— arena en los ojos desde las alturas, de modo que no podían ver (59).

La Iglesia no se ha pronunciado acerca de estos milagros, ni tiene ello trascendencia para la comprensión de la historia: el hecho es que los españoles estaban absolutamente convencidos de que los poderes celestiales luchaban con ellos y les prestaban una eficaz ayuda. Este factor, esta verdad —subjetiva, si se quiere— les dio una fe irresistible en su causa, en el imperio por cuya expansión estaban luchando y en los valores morales en que éste se apoyaba y que pretendía transmitir a los indígenas americanos.

Tan convencidos estaban de esa cooperación, que a ellos mismos el triunfo logrado les pareció sólo explicable gracias a ella. Fue por eso que después de las dos batallas libradas y ganadas: la de la conquista de la fortificación de los promaucaes y la del rechazo del ataque de Michimalonco a la ciudad de Santiago,

erigieron en ésta, para conmemorar aquellos hechos y expresar su gratitud, una capilla en honor de Nuestra Señora del Socorro. Más tarde, en agosto de 1554, este templo pasó al dominio de los franciscanos, quienes edificaron junto a él su monasterio y ampliaron el santuario. Todavía se venera en él la misma estatua de la Virgen María que don Pedro de Valdivia trajo del Perú sobre el arzón de su caballo al emprender la conquista del país.

Vivar indica que las bajas de Michimalonco fueron de 800 muertos, agregando que los españoles perdieron 2 soldados y 14 caballos; no señala el número de yanaconas muertos. Casi todos los españoles estaban heridos (60).

Pedro de Valdivia podía estar satisfecho con los dos éxitos logrados, pues había conjurado el peligro de que su joven creación fuera arrollada y aniquilada por 26.000 guerreros de gran valentía, al mando de jefes que estaban dispuestos a imponerse a cualquier precio.

Hubo —como informa Mariño de Lovera— incluso una tercera victoria. Al retirarse Trangolonco con el toqui Chingaymanque (de chingal=grito y manqui= cóndor, o sea, Grito de Cóndor) de Santiago al curso inferior del río Aconcagua, se fortificó a 10 leguas (63,5 kilómetros) de la ciudad, posiblemente para impedir

que los españoles pudieran continuar la explotación de los lavaderos de oro de Marga-Marga, lo que hace suponer que esa fortaleza se encontraba cerca de la cuesta de Zapata. De inmediato, el caudillo español salió con 50 jinetes para combatirlo. “Dando una trasnochada —escribe el cronista— llegaron a la vista del fuerte”. Este fue tomado y arrasado, siendo hechos prisioneros los dos toquis. Para conseguir su libertad, Trangolonco prometió entregar 50 libras del oro que le había caído en suerte en la repartición de los despojos que tomaron a los mineros que mataron en Marga-Marga.

Valdivia estaba informado sobre el traicionero ataque de Trangolonco a Gonzalo de los Ríos, que —en la opinión de los españoles— merecía la pena capital, pero disimuló. Le interesaba lograr la cooperación de ese cacique principal para poder seguir trabajando aquellos placeres, por lo cual puso en libertad a los dos toquis y se limitó a sancionar los asesinatos cometidos por ellos con el castigo de algunos indios. Luego regresó a la capital, a fin de curar los heridos (61).

(43) Obra citada, página 9.

(44) Informaciones de Vivar. Obra citada, página 48.

(45) vivar (página 48).

(46) Vivar (página 48) señala a Michimalonco como agresor en Marga—Marga, pero es más verosímil el relato de Góngora, ya citado, quien describe la manera como Trangolonco atacó a Gonzalo de los Ríos. Por lo demás, los lavaderos de oro se encontraban en los dominios de este curaca y no en los de Michimalonco. Más tarde, como se verá, los españoles castigaron a Trangolonco por su traición, no a Michimalonco.

(47) Rosales Informa que los indígenas estaban persuadidos de que “los españoles eran dioses y que eran inmortales”, por lo cual los llamaban viracochas, creyendo que el héroe cultural de este nombre que —conforme e la mitología de Tiahuanaco— había dado origen a los pueblos y les había enseñado su cultura, los había enviado para dominarlos, lo que también pronosticaba aquel mito. Para comprobar si poseían un organismo humano, agrega aquel historiador, “les hecharon algunas indias mozas y de un buen parecer”. Una de alias se hizo querida de Roque Sánchez, mayordomo de Pedro de Valdivia. Se le tendió una celada y asesinó, siendo disectado su cuerpo. De este modo, se estableció que no era inmortal y que su organismo era idéntico al de los mapuches. El desastre de Marga—Marga vino a comprobar tal constatación e hizo posible el levantamiento que le siguió. Rosales, Obra citada, páginas 395—396.

(48) Los datos provienen de Vivar. Obra citada, página 48.

(49) Los hechos han sido resumidos conforme a la relación detallada de Vivar. Obra citada, páginas 49–54.

(50) Vivar (página 50) admite igualmente este defasamiento, pero hace llegar las fuerzas de refresco’ en la hora en que “el día vino”.

(51) Vivar, al indicar el número de los defensores españoles, incurre en el error de indicar que había en la ciudad 4 cuadrillas de a 32 jinetes y 22 infantes, o sea, 150 hombres (página 54). Mariño de Lovera (página 63) señala el número exacto de los jinetes, que era de solo 32.

Fueron divididos en 4 cuadrillas de a 8 hombres, comandados por Aguirre, Juan de Avalos, Monroy y Villagrán. Los infantes defendieron la plaza de la ciudad, en cuyo ángulo norponiente se encontraban los caciques detenidos.

Según Vivar (página 16) se reunieron en San Pedro de Atacama para emprender la conquista de Chile 153 soldados, 2 clérigos e Inés de Suárez. Las bajas habidas hasta entonces habrían sido de unos 20 españoles (1 en Copiapó, 1 en Huasco, “varios desmayados” al llegar el río Limarí (digamos 4), 1 al tomar la fortaleza de Michimalonco en Costuma y 13 asesinados en Marga-Marga. De esto se desprende que Valdivia se dirigió al río Cachapoal a la cabeza de unos 79 españoles, más las tropas auxiliares, de número desconocido.

(52) Mariño de Lovera. Obra citada, página 60.

(53) Vivar. Obra citada, página 55.

(54) Mariño de Lovera. Obra citada, páginas 59–65.

(55) Por ejemplo, Mariño de Lovera. Obra citada, página 62.

(56) Obra citada, página 56.

(57) Sobre todo por Barros Arana. Historia General de Chile, tomo 1, página 249, en que la nota 17 alude especialmente a que

“el cronista Mariño de Lovera, o probablemente el jesuíta Escobar, que reformó su libro, es el que ha dado más explicaciones sobre este milagro”.

(58) Obra citada, página 56.

(59) Obra citada, páginas 64—65.

(60) Obra citada, página 56.

(61) Obra citada, páginas 68–69. Mariño de Lovera relacionó este ataque con la expedición que Pedro de Valdivia hizo hasta el Bío-Bío, pero ésta sólo ocurrió a principios de 1546, una época en que ya no había levantamientos en la región de Santiago.

---:---

10.- LA RECONSTRUCCIÓN DE SANTIAGO Y LA CONSOLIDACIÓN DEL DOMINIO ESPAÑOL.

Desesperada situación de los españoles después de la destrucción de Santiago.— Se restablece el dominio español en los valles de Aconcagua y Maipo—. Se reanudan las faenas en Marga-Marga.— La casa fuerte de Valdivia en Quillota sobre una pucara incaica.— Nuevo levantamiento de Trangalonco y Michimalonco.— Hecho prisionero, Valdivia manda cortar a Trangalonco ambos pies por la mitad.— Michimalonco desesperado por la imposibilidad de imponerse, huye a Cuyo.— En Septiembre de 1543 llega a Valparaíso el primer buque mercante con abastecimientos y pertrechos.— A fines de ese año llegan los primeros refuerzos al país.

El precio de la victoria había sido elevado. No sólo hubo muertos y heridos, sino que se perdieron todos los edificios —lo que era más de lamentar— casi todos los pertrechos, abastecimientos, objetos de menaje y el vestuario. Había que comenzar de nuevo, pero disponiendo de menores recursos que a fines de 1540, cuando la expedición llegó al valle del Mapocho.

Un litro de trigo, sembrado con gran esmero, permitió cosechar 12 fanegas, que no se consumieron, sino que se volvieron a multiplicar, de modo que en 1543 ya se disponía de una buena cosecha. Una gallina salvada del incendio recibió el nombre de “Madre Eva”, pues de ella provinieron todas las aves de corral criadas en el país (junto con ella se habían salvado un

gallito y una polla). Dos cochinas y un cochino fueron -entregados a Inés de Suárez para que los multiplicara hasta donde le fuera posible: no se benefició ningún animal antes de fines de 1543 (62).



Santiago en 1541

Entretanto, los españoles y yanaconas vivían de los alimentos que pudieran lograr de los araucanos, de la caza de guanacos, perdices, papagayos y chicharras y de la recolección de vegetales, como las papas del liuto, las vainas de algarrobos, etc. Empleaban tejidos indígenas para vestirse.

Vivar nos ha transmitido un discurso que pronunció a los españoles su jefe, del que conviene extractar algunos párrafos: “Excelentes varones –les dijo-, para contrastar a fortuna tan contraria..., sacad fuerza de flaqueza, porque esto es merecer para con Dios, pues véis claramente que nos tiene y sostiene y defiende con su mano..., y siempre que tuviésemos firme fe y confianza en su gran misericordia, gratificará vuestros inmensos trabajos... Me parece que se entienda reedificar nuestra ciudad... Démonos a sembrar y criar, y no esperemos que los naturales nos lo den, ni de ellos lo hemos de haber. Tomemos ejemplo de los romanos, que, por esta vía, contrastando a fortuna, haciéndose a los trabajos, sojuzgaron y señorearon al mundo. Más justa y más cierta es nuestra razón, pues lo hacemos con celo de cristiandad... Tengamos esperanza y confianza en Nuestro Señor Jesucristo y reedifiquemos esta ciudad en su santo nombre, y sustentemos esta tierra” (63).

Calificando estos primeros años de la creación iniciada por, Valdivia, sostiene enfáticamente Vivar:

“Era un tiempo bueno, y un tiempo sano, y un tiempo libre y amigable, digo: bueno sin codicia, sano sin malicia y libre de avaricia. Todos (éramos) hermanos, todos compañeros, todos (vivíamos) contentos con lo que sucedía y con lo que se hacía. Llamábale yo a este tiempo, tiempo dorado” (64).

Las palabras del conquistador y las del arcabucero expresan nítidamente el espíritu que animaba a los 155 hombres con que don Pedro de Valdivia había salido del Perú: salvo escasas excepciones, ellos estaban resueltos a radicarse definitivamente en el país y no pretendían “hacer la América” para regresar pronto a España: las genealogías de sus descendientes lo comprueban fehacientemente, pues tanto las familias pudientes como el elemento popular del país están entroncados con los conquistadores. Aún el apellido alemán de uno de ellos, el de Lisperguer — llegado pocos años después, con Hurtado de Mendoza — se ha conservado en centenas de familias modestas.

Si bien el levantamiento organizado por Michimalonco y Cachapoal había fracasado totalmente, las huestes indígenas no estaban aniquiladas y podían rehacerse y volver a atacar. Por tal motivo, una primera medida de precaución de Valdivia consistió en dotar a Santiago de un fuerte. Vivar nos informa que comprendió una manzana de la ciudad. Estaba rodeado por una muralla que tenía 2

estados de altura (unos 3,50 metros) y una anchura de 2 adobes y medio (poco más de 1 metro); en cada esquina llevaba una torre baja con troneras (65).

Luego el propio conquistador salió con 60 españoles y tropas auxiliares a destruir sistemáticamente todas las pucaras existentes en los tres valles de Aconcagua, Maipú y Cachapoal. Uno de ellos, en que se refugiaron muchos indígenas de la zona de Santiago; se encontraba sobre el río Cachapoal.

Con el fin de impedir concentraciones o juntas salían, de la capital escuadrones de 25 jinetes, que recorrían constantemente el territorio, sorprendiendo muchas veces reuniones de los enemigos, que eran aniquilados. Regresaban después de 10 a 15 días y se dedicaban en seguida a los trabajos de reconstrucción y a los cultivos, siendo reemplazados por otros. Esta táctica impidió nuevos alzamientos (66).

Valdivia estaba muy interesado en poder reanudar los trabajos en los lavaderos de oro de Marga-Marga, destinados a financiar los auxilios humanos y materiales que necesitaba con gran urgencia y que sólo podía proporcionar el Perú, y eso a un costo muy elevado.

Los primeros operarios los había facilitado Michimalonco, pero en atención a su actitud posterior,

ya no se podía contar con ellos. Había la posibilidad de con seguir brazos en considerable número en Quillota, donde la densidad de población era grande. En las inmediaciones de los placeres ella era muy baja, pues los esteros auríferos conducen muy poca agua en los meses de verano, de modo que se carecía de ella para el regadío. Para asegurarse los operarios necesarios, Valdivia se otorgó a sí todo el valle de Aconcagua, de mar a cordillera, como encomienda y estableció una casa fuerte en Marga-Marga. Además, se otorgó, en calidad de merced, la estancia de Acuyo o Curauma, que comprendía el curso superior del estero que ahora lleva el nombre de Casablanca. Estaba situada al sur de los lavaderos de oro y fue explotada por Valdivia para abastecer a la población minera de éstos (67).

Mientras se estaba construyendo la casa fuerte, el gobernador recibió la noticia de que los indígenas de Cachapoal querían avanzar sobre Santiago, lo que lo hizo regresar a la ciudad. En realidad, tal ataque no se efectuó.

Trangolonco y Michimalonco aprovecharon, sin embargo, la ausencia de Valdivia, para juntar 4.000 hombres, a los que se agregaron algunos del valle del Mapocho. Una india avisó a los españoles ese plan de asalto, revelando también que se pretendía inundar con las acequias todos los alrededores de la pucara (lo

que era fácil), para impedir que los españoles pudieran usar su caballería, la que habría quedado empantanada.

Gómez de Don Benito, que comandaba la guarnición de Marga-Marga y que disponía de sólo 15 españoles (además de yanaconas peruanos) procedió con gran acierto antes que estallara el alzamiento: se apoderó de Trangolonco y lo mandó a Santiago, informando a Valdivia sobre la situación. Este ya se consideraba suficientemente fuerte para proceder con energía en contra de los cabecillas de la sedición: mandó cortar a Trangalonco los piés por la mitad y lo devolvió a Quillota con Francisco de Villagrán, quien fue acompañado por 15 hombres, a los que se agregaron luego 40 más, de modo que en Marga y Quillota se reunió una fuerza de 70 españoles, más tropas auxiliares. Gómez de Don Benito, cumpliendo instrucciones del gobernador, procedió con gran rigor: en los combates cayeron 10 toquis araucanos y varios otros e indios principales - fueron hechos prisioneros, siendo conducidos a Santiago (68).

Michimalonco se sintió completamente decepcionado. Educado en el Cuzco como hijo de un curaca de excelente reputación, había logrado recuperar la independencia y libertad de su pueblo, el mapuche, cuando estalló la guerra civil en el Perú. Un soldado español, Barrientos, le había instruido militarmente

su tropa según el modelo español, antes que llegaran al país los viracochas, y él se había empeñado por lograr la unidad de todos sus compatriotas en contra de esos invasores. Las circunstancias permitieron que incluso aquellos que lo combatían, como el príncipe Quilicanta, se adhirieran a sus planes. La estada de Almagro había sido sólo un episodio esporádico y efímero, y es posible que él mismo había exagerado al sostener que se debió a su resistencia que ese caudillo regresara al Perú.

A las 20 bajas ya señaladas habidas entre los españoles había que agregar a del mayordomo de Valdivia asesinado, la de 2 caídos en la defensa de Santiago y había que restar también 6 hombres que Valdivia había enviado por tierra al Perú al mando de Alonso de Monroy, a fin de conseguir refuerzos, abastecimientos y pertrechos. De este modo, el número de soldados había disminuido a 124, muchos de los cuales estaban más o menos gravemente heridos. Además, los españoles habían tenido pérdidas en su armamento y carecían de pólvora para sus armas de fuego.

Posiblemente, el número total de yanaconas peruanos que acompañaban a los españoles era inferior a 1.000 hombres. Frente a este escuálido número, Michimalonco había podido disponer de 10.000 hombres en el valle de Aconcagua y de 16.000 en el de

Cachapoal. Había logrado, incluso, atraer a su causa al príncipe incaico que gobernaba el país y que había sido su enemigo. No obstante, aquel puñado de españoles se había impuesto: Barrientos no había mentido, al pronosticarle este desenlace.

Valdivia había tomado por asalto su fortaleza; Monroy había rechazado su ataque a Santiago, Valdivia había vencido a Cachapoal y a su propio hermano Trangolonco y al cacique Chingaymanqui en la cuesta de Zapata, y ahora se había impuesto en Quillota, castigando a su hermano con la mutilación de ambos pies, que lo transformaban en inválido. Estos reveses lo habían abatido de tal manera, que estimó inútil que él insistiera en llevar adelante la resistencia, pues lo más probable era que los españoles lo persiguieran hasta dar con él, para castigarlo con la pena capital.

Por tal motivo, prefirió salir del país, buscando refugio en la otra banda de la cordillera andina, en Cuyo. Allá habían dominado —como en Chile central— las tropas incaicas, y la región no había sido visitada todavía por los españoles. Como él hablaba quechua, podía entenderse perfectamente con los funcionarios peruanos que habían permanecido allá. Esto ocurrió, al parecer, en otoño de 1542, antes de quedar cerrada la cordillera.

Es Rosales (página 415) quien nos proporciona esta información, agregando que el toqui araucano vivió allá en condiciones muy precarias: “Michimalonco — escribe— conociendo sus desgracias (en Chile), se desnaturalizó de la patria, por no obedecer ni dar la paz, pasándose a la otra banda de la Cordillera Nevada, donde, viéndose pobre de parientes y amigos y obligado servir, se lamentaba, diciendo: “Ayer me vi señor y respetado, y hoy me veo pobre y sirviendo, despreciado en tierra ajena: mejor no fuera haber obedecido a los españoles y ser señor, que verme en esta baja fortuna”.

No indica Rosales en qué consistían los servicios que el cacique chileno tuvo que prestar en Cuyo, pero sin duda allá se había conservado el régimen incaico y se le hizo trabajar en un incahuasi, pues los peruanos no admitían ninguna clase de ociosos.

La experiencia que hizo allá Michimalonco contribuyó a motivar su cambio de actitud frente a los españoles, como lo hace ver Rosales.

Por aquel tiempo, los araucanos habían logrado reconstruir una fortaleza en La Juntura, sobre el río Maipo, en la confluencia de los esteros de Paine y Angostura, desde la cual hostilizaban a los españoles. Ella fue finalmente conquistada y arrasada a fines de mayo de 1542. Al regresar a Santiago, las tropas

fueron sorprendidas por un temporal deshecho de tales proporciones, que si hubieran marchado uno o pocos días más tarde, habrían experimentado grandes pérdidas (69).

Quedaba un último reducto de resistencia en tierras de Michimalonco: eran tres fuertes situados en las cabeceras del río Aconcagua, ya dentro de la cordillera andina, posiblemente en Vilcuya y la desembocadura del Río Colorado, donde se han conservado numerosos petroglifos. Valdivia despachó el 17 de julio de 1543 a Pero Esteban con 25 españoles y tropas auxiliares para que los atacara y destruyera, pues desde allá los indios “enviaban a decir y amenazar a los caciques que nos servían que... los habían de matar”. El capitán cumplió su cometido sin dificultades. “Echados los indios de ellos, y castigados los que lo merecían, corrió (Esteban) la tierra que había entre aquellas fuerzas y la sierra, y allegaron a las nieves, donde tuvieron noticias que 10 leguas hacia la parte de Oriente hallarían gran copia de sal, por donde cotidianamente la traen en cantidad los indios que escaparon de los fuertes”. Vivar menciona que se producía en Chile sal en salinas situadas a orillas del mar en la desembocadura del río Aconcagua y en Topocalma (70).

La -primavera de 1543 aportó a la fundación de Pedro de Valdivia por fin el alivio esperado: en septiembre

llegó a Valparaíso un buque mercante despachado desde el Perú por Lucas Martínez Vegaso, quien se había asociado con el conquistador al emprender éste su expedición a Chile. Traía un cargamento de toda clase de mercaderías de que carecía la población. El gobernador lo adquirió e hizo participar a todos los pobladores en él, según sus necesidades, concediéndoles un crédito prudencial (71).

En diciembre, por fin, regresó a Chile el capitán Monroy, que se había dirigido dos años antes al Perú para traer refuerzos: llegó con 60 soldados, que representaban un refuerzo importante, y que fue acogido con tanta alegría, que Vivar nos dice que “a este recibimiento se mató el primer puerco” de los que había criado doña Inés de Suárez con la pareja que se salvó cuando Michimalonco atacó a Santiago (72).

Ya de ahí en adelante no hubo más levantamientos araucanos en los tres valles centrales del país. En agosto de 1545 realizó el gobernador la segunda fundación urbana en el país, que fue la de La Serena. En septiembre del mismo año envió a Pastene, genovés enviado a Chile por el gobernador del Perú, Vaca de Castro, como piloto de una expedición comercial (operación prohibida, por la cual Felipe II castigó a ese gobernador), para que reconociera el litoral hasta el límite austral de la gobernación de

Nueva Extremadura, fijado en 41 grados de latitud. A principios de 1546 él mismo realizó un reconocimiento por tierra hacia el sur hasta el valle del Bío-Bío (73).

En el invierno de 1546 se activaron los trabajos en los lavaderos de oro de Marga-Marga, que fueron dotados de 500 bateas. La demora de ocho meses rindió una producción de 70.000 pesos de oro, equivalente a 322 kilos (74). Pronto subió a más del doble (Rosales).

La actitud de los araucanos ante los éxitos logrados por los españoles fue divergente. Muchos de ellos, totalmente desengañados acerca de toda expectativa de poder librarse del dominio español, se sometieron, sobre todo los caciques, interesados en conservar la posición que les correspondía en sus parcialidades. Algunos de ellos se retiraron, sin embargo, “a los lugares más ocultos de sus tierras” y dejaron de hacer cultivos. Tal determinación resultó, empero, muy pronto ineficiente, pues los españoles lograron producir suficientes alimentos y ya no necesitaban despojar de ellos a los indios. Tampoco tuvieron éxito las tentativas de destruir las sementeras de aquellos, pues estaban bien custodiadas, pagando los agresores sus incursiones muchas veces con la vida. En cambio se inició un éxodo en grande escala de los mapuches a la región situada al norte del río Aconcagua y al sur del Maule, que obligó a Valdivia a pedir a Juan Bohón,

su lugarteniente en Coquimbo, que estableciera un cordón a lo largo del río Choapa, y a despachar a Francisco de Aguirre con un destacamento al río Maule, para hacer otro tanto allá. (Vivar, página 94). No le fue posible, sin embargo, impedir que los araucanos escaparan a Cuyo, a través de los boquetes andinos. En todo caso, hubo en aquellos años una emigración muy considerable de la zona central, que explica la rápida despoblación de ella, incrementada por enfermedades epidémicas introducidas y anteriormente desconocidas en el país.

(62) Obra citada, página 56 y siguientes, en que Vivar informa detalladamente sobre la situación en que se encontraban los españoles.

(63) Obra citada, página 57.

(64) Obra citada, página 58.

(65) Obra citada, página 65.

(66) Vivar. Obra citada, páginas 61–63.

(67) Véanse los detalles en “Los Orígenes de Quillota”, de Keller. páginas

114–115 y 118–119

(68) Véanse Vivar, Obra citada, páginas 71—74.

(69) Vivar, Obra citada, páginas 77—82.

(70) La acción contra los tres fuertes está relatada por Vivar, Obra citada, en las páginas 82–83; a las salinas de Topocalma se refiere páginas 74–75.

(71) Vivar. Obra citada, páginas 84–86 y 88–89.

(72) Obra citada, página 90. Las aventuras experimentadas por Monroy pertenecen a las más extraordinarias ocurridas durante la conquista de América, pero no corresponde analizarlas en este lugar. De especial importancia etnológica son las informaciones, de Vivar sobre la estada de Monroy en Copiapó, páginas 59–60 y 63–67, que prueban en forma fehaciente que el valle de Copiapó estaba poblado por mapuches, pues todos los patronímicos pertenecen a esa lengua, como también las costumbres relatadas.

(73) Vivar da prolijas y novedosas informaciones sobre estas expediciones. Obra citada, páginas 91–94.

(74) Vivar, obra citada, página 94.

---:---

11.- ACONCAGUA: UN FEUDO DE DON PEDRO DE VALDIVIA.

Don Pedro de Valdivia se concede a si mismo, en calidad de encomienda, todo el valle de Aconcagua y emplea a sus indios para explotar los lavaderos de oro de Marga Marga.— Designa “capitán de justicia” en ese valle a don Diego García de Cáceres.

La consecuencia del aniquilamiento del poder de los dos curacas de Aconcagua (Trangolonco y Michimalonco) fue que don Pedro de Valdivia ocupara la situación que había correspondido al inca en este valle.

Tal hecho fluye claramente de la organización de los lavaderos de oro de Marga-Marga llevado a cabo por el conquistador del país. Ya se destacó la vital importancia que les correspondía. Interpretar esto en un sentido egoísta y materialista, o sea, en el de que don Pedro anhelaba hacerse inmensamente rico mediante su explotación, sería desconocer por completo los móviles de su personalidad. Su meta no era la de un empresario capitalista: era la de un gobernante.

Las realizaciones que deseaba lograr eran evidentes: consistían en conquistar todo el territorio de su jurisdicción hasta 41 grados de latitud austral y luego —como se lo estaba pidiendo a su monarca— hasta e!

Estrecho de Magallanes y la Antártica; en poblar ese territorio con españoles traídos de España y del Perú; en fundar más ciudades en él; y en organizar la comunidad y hacerla prosperar.

Pues bien, esas metas no constituían un programa teórico, sino absolutamente realista y práctico. Cada paso adelante requería la inversión de fuertes capitales, pues sin créditos que les concediera no podía conseguir soldados, pues lo necesitaba para equiparse, y cuanto había que traer del Perú — armamentos, municiones, vestuario, hierro y miles de otros pertrechos y abastecimientos— requería la inversión de ingentes recursos.

No había nadie dispuesto a facilitarlos. El rey no financiaba las conquistas, ni había bancos que lo hicieran y si se lograba obtener pequeños préstamos de parte de comerciantes, los intereses que había pagar eran exorbitantes.

Providencialmente, don Pedro había logrado aquellos lavaderos de oro de Marga-Marga, que organizó en forma de una faena de grandes proporciones; con miles de operarios: ellos —y otros de menor importancia— estaban destinados a producir aquellos recursos que necesitaba para cumplir su misión.

Era también evidente que los escasísimos españoles

llegados al país no estaban en situación de trabajar aquellos placeres. El único medo para hacerlo consistía en ocupar en ellos a los- indios, que ya los trabajaban antes de la llegada de los españoles mediante la mita establecida por los incas y que continuaron los españoles, exigiendo trabajos más moderados. Expresamente, el rey había autorizado la conservación de esa institución.

No se conocía, sin embargo, hasta 1961, la forma de organización que don Pedro dio al valle de Aconcagua. Lo ha venido a revelar, sólo ahora, un nombramiento que hiciera el 19 de Julio de 1550 en Concepción y que se refiere a su mayordomo, el capitán don Diego García de Cáceres.

Los descendientes de éste habían mantenido durante más de cuatro siglos estos documentos en su archivo, hasta que lo diera a conocer don Carlos J. Larraín.

Pues bien, expresa en él el gobernador que “por cuanto yo tengo fuera de los límites y jurisdicción de esta ciudad de Santiago y de la ciudad de La Serena el valle todo de Cauconcahua (caun=regado, cogn=cosechar, ca maíz, o sea, maíz cosechado en terrenos de riego), con toda la tierra a él sujeta y (la) casa (fuerte) de Quillota (la de Marga-Marga) adonde yo tengo grangerías y depositados a los indios de aquel valle en mi cabeza, y es término y jurisdicción

por si, y me conviene nombrar persona de prudencia y confianza, temerosa de su conciencia y celosa del servicio de S. M., para que mantenga en razón y justicia a los españoles que aconteciere pasar por allí, o estuvieren allí días desmandándose a hacer algo que no deben, y para que los pueda prender y así, presos, con sus informaciones, por su carta, sin escribano, los pueda enviar a mi teniente de la ciudad de Santiago, para que, hecho bien la información jurídicamente, los pueda castigar o absolver conforme a justicia, con título de mi capitán, y para que asimismo pueda castigar con justicia a los principales e indios del dicho valle, (siempre que sea) menester hacer justicia a los que lo merecieren, cortándoles miembros y azotándolos o ahorcándolos, conforme a lo que merecieren y la calidad de los delitos lo requieran, sin que la tal persona pueda incurrir en pena ninguna, con tanto que si algún cacique de los señores principales mereciere ser castigado, lo envíe a mi teniente de la dicha ciudad de Santiago, para que él lo ajusticie conforme a sus delitos: y porque vos, el capitán don García de Cáceres, mi mayordomo en las haciendas y casas que tengo en la dicha ciudad de Santiago y valle de Cauconchagua y casa de Quillota, sois persona de prudencia y experiencia, celoso de vuestra conciencia y del servicio de S. M., os nombro y proveo por mi capitán de justicia en el dicho valle de Cauconchagua y sus términos”, agregando más

adelante: “Mando a los alcaldes de S. M. no se entrometan en conocer causa de persona alguna, que estuviera dentro de los límites del dicho valle, ni la vayan, ni envíen allá a prender, porque sólo esto reservo para mi teniente general Francisco de Villagrán y para mi teniente Rodrigo de Quiroga, que al presente (lo) es en esa dicha ciudad” de Santiago.

Como se desprende de este documento, don Pedro de Valdivia había creado para el valle de Aconcagua un régimen especialísimo. No concedió en él mercedes de tierras a españoles, ni permitió que éstos se establecieran en su hoya hidrográfica, y todos los indios del valle pertenecían a una sola encomienda: la del propio gobernador, quien los empleaba para producir oro en Marga-Marga.

Tal régimen se estableció una vez dominado el valle, es decir, después de fracasados los levantamientos de Trangolonco y Michimalonco. La administración de ese verdadero feudo era desempeñada por el propio Valdivia, secundado por su mayordomo. Este término no debe entenderse en el sentido actual, restrictivo, de la palabra: del título se desprende claramente que don Diego García de Cáceres era el apoderado del conquistador en todos los asuntos relacionados con sus propios bienes, o sea, su administrador.

Eh este extenso valle había dos puntos de apoyo

principales: la casa fuerte de Marga-Marga y la de Curimón. En este último pueblo de indios prehispano, Cáceres obtuvo una chacra, en la que plantó una viña, y fue agraciado en 1546 con una encomienda que comprendía los indios tributarios que vivían en él, como también los de Llopeo, Huechuraba y Huechún, situados en la vecindad, más al sur. El mayordomo los hacía trabajar igualmente en Marga-Marga, donde obtuvo una renta considerable. Le permitió ésta construir una buena casa de dos pisos en Santiago (en la esquina norponiente de Catedral con Puente), frente a la Catedral y al palacio de don Pedro de Valdivia, y organizar, debidamente una chacra de 206 cuabras de que disponía en la extremidad occidental de la ciudad (al poniente de la actual avenida Brasil, entre la Alameda y el río Mapocho).

Era Cáceres e único español que residía a veces en el valle de Aconcagua. Más tarde, Hurtado de Mendoza amplió su encomienda, agregándole los indios de las reducciones de Caminanco y Apalta, y posteriormente, su consuegro, don Melchor Bravo de Saravia, le concedió otra en Cuyo, cuyos indios también empleaba en los placeres auríferos. En 1575 su personal trabajaba allá con 76 bateas, lo que permite estimar su número en 380 operarios.

La designación de Cáceres por Valdivia como “capitán de justicia” de Aconcagua, tenía como causa el

convencimiento del conquistador de que en el futuro tendría que desempeñar todas sus energías en la región austral, de modo que su representante administrativo en la central del país necesitaba un título que lo acreditara como tal. En aquel tiempo (1550) no se trabajaban todavía lavaderos en el valle del Bío-Bío, pues fueron descubiertos sólo dos años más tarde, iniciándose los trabajos en 1553 en Quilacoya y Rere. Valdivia dependía, pues, en aquel tiempo, de las entradas logradas en Marga-Marga (75).

(75) Los antecedentes acerca de la organización del valle de Aconcagua se encuentran en la biografía dedicada por Larraín a don Diego García de Cáceres en el Boletín de la Academia chilena de la Historia.

---:---

12.- MICHIMALONCO Y EL NACIMIENTO DEL PUEBLO CHILENO

Michimalonco llega en Cuyo a la conclusión de que la futura felicidad del pueblo araucano dependería de su cooperación con los españoles y la fusión de ambas naciones.— Convence a los caciques araucanos de los valles de Aconcagua, Maipo y Cachapoal de su planteamiento y es autorizado para negociar la paz con don Pedro de Valdivia.— Reunión en el palacio de éste en Santiago.— El convenio entre los dos caudillos.— Agasajos de doña Inés de Suárez a Michimalonco.— Este pone en 1549 un numeroso ejército a disposición de Valdivia, para realizar una expedición a la reglón austral.

Michimalonco fue informado en Cuyo acerca de estos éxitos de los españoles y de las transformaciones habidas en su propia jurisdicción, cuya población estaba sometida a un tratamiento mucho más benigno que el existente anteriormente bajo régimen incaico. Pues era evidente que don Pedro de Valdivia había estado especialmente interesado en ofrecer condiciones de vida favorables a los indios de ese valle, a fin de poder disponer en Marga-Marga de operarios dispuestos a cooperar solícitamente.

Es probable que sólo él, Michimalonco, quien había conocido el imperio incaico, era en Chile el único jefe mapuche que estaba en condiciones de apreciar, desde el punto de vista de su pueblo, lo que significaba la realización política iniciada por don Pedro de

Valdivia. No se le podía hacer el cargo de haber sido entreguista: había colaborado con los peruanos, pero tan pronto se enteró de que había una posibilidad para recuperar la libertad de los mapuches, la aprovechó, haciendo la guerra al príncipe Quilicanta, caído, más tarde por la espada de doña Inés de Suárez.

Había combatido con una pasión que lindaba en el frenesí a los españoles, seguro de que el numerosísimo potencial humano de que disponía arrasaría fácilmente con un puñado de invasores que había llegado al país.

Pero ¿qué había logrado? La muerte de millares de los suyos, la destrucción de sus viviendas y sembrados, una vida llena de zozobras y fustigada por el hambre. El mismo se encontraba lejos de su patria, y es seguro que si no hubiera elegido el ostracismo, ya habría perdido la vida.

Enviaba en cada ocasión que se ofrecía recados a sus deudos en el querido valle de Aconcagua, testimoniándoles la nostalgia que sentía por no poder regresar a él.

Lo que le informaban desde allá, era que los españoles estaban haciendo progresos cada vez mayores. Dominaban sin contrapeso toda el área comprendida hasta el río Maule por el sur, a igual que

los incas antes de su guerra civil. Un terrible levantamiento habido en el Norte Chico, en que se habían inmolado las vidas de todos los españoles —por cierto, poco numerosos— allá radicados, había sido terriblemente castigado por Francisco de Aguirre, que había extirpado reducciones completas. Con la ayuda de los indios de encomiendas, los españoles habían organizado en todo el país chacras, estancias y haciendas y disponían de una abundancia tan grande de abastecimientos, que los alimentos no tenían precio. Los lavaderos de oro y algunas minas auríferas rendían producciones cada vez mayores (a fines del siglo, a extracción llegó a 5.000 kilos anuales). Llegaban con frecuencia nuevos pobladores al país. No había expectativas de que los mapuches volvieran a sublevarse.

A mediados de diciembre de 1547, don Pedro de Valdivia se dirigió al Perú, acompañado por varios de sus mejores capitanes, donde se puso a disposición del virrey La Gasca: fue nombrado coronel del ejército real por éste, organizó con sus oficiales la guerra contra Gonzalo Pizarro, que se había sublevado contra el rey, y lo venció en la batalla de Taquijahicana, a pesar de disponer éste como maestro de campo del más famoso de los generales americanos de su tiempo, Carvajal. Sin saber que don Pedro se encontraba en el Perú (y suponiendo, por el contrario, que estaba

comprometido en una terrible guerra con los indios en el lejano Chile), este general exclamó al iniciarse la batalla: “¡Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo!”.

Más de un año había estado ausente el gobernador del país: se le había acusado ante La Gasca y éste abrió un proceso en contra de él, pero había sido absuelto, logrando el nombramiento de gobernador en nombre del rey. Regresó a la capital sólo en julio de 1549 (76).

De todo esto fue informado Michimalonco en Cuyo; y le pareció que era preciso reconocer el triunfo absoluto del gran caudillo español, a igual que lo había hecho el representante de su monarca, el virrey La Gasca.

Toda actitud contraria le parecía suicida, pues ¿a qué iba a conducir? A la extirpación del pueblo mapuche, que convenía impedir. En cambio, si le tendía la mano al gobernador para reconciliarse con él, ambos pueblos iban a poder realizar una obra positiva, de gran trascendencia no sólo para los españoles, sino también para los indios.

Pues bien, todo cuanto se acaba de expresar, que podría parecer la elucubración sin base alguna del autor de este ensayo, se realizó efectivamente y está perfectamente documentado.

El hecho es que Michimalonco, impulsado por sus reflexiones, regresó a Chile desde Cuyo y reunió aquí a todos sus antiguos compañeros de armas, cuyos nombres ha conservado Mariño de Lovera: del valle de Aconcagua eran su hermano —o tío— Trangolonco y el toqui Chingaymanqui; del de Maipo, los caciques de Colina, Lampa, Apoquindo, Maipún, Lipillán, Butacura, Melipilla y Puangue; y de los promaucaes, los de Cachapoal, Pico (picun), Peumo, Teno y Hualemo (Hualañé). Como se ve, estaban representados todos los valles desde el de Aconcagua hasta el de Mataquito.

Michimalonco les pronunció un prolongado y bien fundamentado discurso. En síntesis, les aconsejó adoptar un acuerdo general de convivencia con los españoles, pues si bien éstos “son bravos en la guerra, son mansos y afables en la paz”. “Más vale vivir en sujeción —agregó— gozando de alguna quietud y reposo que no morir como animales y dejar mujer e hijos desamparados”.

Sin duda, se les iba a exigir que realizaran toda clase de trabajos en las encomiendas, pero podían impedir excesivos tributos y extorsiones “con los medios que el tiempo fuese mostrando”. Tal defensa se haría más fácil “mientras más conocida tuviéramos la condición de esta gente”, pues de ese modo “tanto mejor sabremos por dónde habemos de acometerlos”. Como

se ve, tampoco frente a los españoles Michimalonco asumió un papel entreguista.

Se discutió extensamente sobre lo propuesto. Muchos conas jóvenes estimaron que debía seguirse la resistencia y librarse la guerra a muerte. El toqui general les hizo ver, empero, que esa actitud era, sencillamente, suicida. La gran mayoría de los asistentes se pronunció a favor de lo propuesto por Michimalonco, y lo autorizaron para negociar la paz con Don Pedro de Valdivia.

Así se lo hizo saber a éste, quien le contestó que estaba dispuesto a recibirlo. El acto se realizó en forma solemne. El gobernador lo esperó rodeado por sus capitanes y otros hombres de confianza “en la casa y palacio del capitán Pedro de Valdivia” (77).

Michimalonco realizó la ceremonia de acatamiento que se practicaba entre los incas y que Vivar describe así: “Una reverencia con ambas piernas, corvándose un poco y alzando las manos parejas contra el rostro de aquel a quien obedecen, haciendo con la boca una manera de besar” (78).

Se presentó con algunos presentes, consistentes en “200 libras de oro muy fino” (92 kilos que valían 20.000 pesos) y “cantidad de ganado y otras cosas”.

Mariño de Lovera describe detalladamente la escena. Michimalonco entró “con sus acompañantes con mucha autoridad”, con el rostro bajo. Rogó al gobernador “los recibiese Su Señoría debajo de su amparo, pues él y los demás prometían de serle leales sumisos y súbditos y serviles con toda obediencia estando ya en el fin de su plática, comenzó a alzar los ojos, mirar a todas partes y desechando el miedo que traía, volviendo a su natural ánimo y brío”. Valdivia se encontraba sentado en un sillón y Michimalonco estaba de pie frente a él.

Valdivia le, agradeció por los presentes y por sus buenos propósitos, manifestándole que, conforme a las órdenes que él había recibido de su rey, las condiciones que los mapuches debían, cumplir para que hubiera paz y buena inteligencia eran las siguientes: primera, facilitar la acción de los misioneros, a fin de que todos se hicieran cristianos; segunda, cumplir el régimen de las encomiendas, sin ser sometidos a trabajos exagerados, y tercera, no negarse a trabajar en los lavaderos de oro y minas y realizar las labores agrícolas, con la seguridad de recibir un tratamiento justo y una remuneración adecuada.

Michimalonco replicó al gobernador que ellos estaban dispuestos a cumplir estas condiciones.

A continuación, el caudillo araucano fue agasajado por doña Inés de Suárez, quien “le dio algunas preseas, como peines, tijeras, chaquiras y un espejo”.

Michimalonco, por su parte, le obsequió una pluma, explicándole que provenía “de una ave que se engendra y cría en lo más alto de los volcanes de la nieve” y que tenía la “maravillosa virtud de no quemarse” en el fuego. Atestigua Mariño de Lovera que aquella española se la mostró a él y que comprobaron la afirmación del toqui araucano, colócala en un brasa sin que recibiera daño alguno (79).

Le explicó, además, que la pluma no estaba destinada primitivamente a ella, sino al inca, quien te había hecho “una muy particular merced, una vez que fue a visitarlo al Cuzco, que fue sentarlo a su mesa, cosa que con ninguno otro había jamás hecho”. Para retribuirle esa distinción había conseguido esa maravillosa pluma de un indio chileno. Posiblemente, no pudo entregarla a Huáscar, por haber estallado la guerra civil en el Perú.

Curiosamente, este solemne acto de cooperación y paz entre los, dos grandes caudillos de la conquista de Chile, que en realidad representó el nacimiento del pueblo chileno, apenas es mencionado por nuestros historiadores, ni le han atribuido éstos importancia

alguna.

En realidad, su trascendencia fue enorme. En su discurso pronunciado en Santiago después de la destrucción de la ciudad por las huestes de Michimalonco, don Pedro de Valdivia había manifestado: “Démonos a sembrar y criar, y no esperemos que los naturales nos lo den, ni nos lo darán, ni de ellos lo habemos de haber” (80).

Ellas no se referían a que Chile debía llegar a ser un país poblado únicamente por españoles (como los Estados orientales de Estados Unidos de Norteamérica lo fueron más tarde por los anglosajones, que extirparon a los indios), sino que se referían solamente a la situación creada por la resistencia mapuche, que obligaba a los castellanos a prescindir de los servicios de los indígenas chilenos.

El régimen que Valdivia deseaba establecer, consultaba precisamente la cooperación entre las dos naciones y su futura fusión tal como lo expresó don Pedro en el discurso con que contestó el de Michimalonco.

El propio Michimalonco así lo comprendió. Cuando, en la primavera de 1549, el gobernador comenzó a preparar un ejército para ocupar la parte austral del territorio de su gobernación (que se extendía hasta la

orilla boreal del lago Llanquihue), se le ofreció el toqui araucano para organizar un ejército araucano auxiliar. El ofrecimiento fue aceptado, y aquel toqui fue nombrado su comandante.

Informa al respecto Mariño de Lovera que Valdivia “puso en orden un buen número de indios que llevaba consigo, de los pueblos conquistados (por los españoles), cuyo capitán era el famoso Michimalonco que había sido capitán general del ejército contrario a los mismos españoles antes de estar la tierra asentada, pero como había algunos años que estaba ya pacífica, servían los indios a los españoles no solamente en sacar oro y lo demás ya dicho (es decir, en los cultivos, servicios domésticos, etc.), sino también de coadjutores en la guerra contra los indios que estaban adelante (o sea, en la región austral), cosa no poco notable, mayormente siéndolo con tanta fidelidad, sin hallar jamás traición en alguno de ellos” (81).

(76) Vivar relata extensamente la actuación de Valdivia en el Perú, destacando con datos novedosos que en realidad fue él quien organizó el ejército real y ganó la guerra contra Gonzalo Pizarro. Obra citada, páginas 103-121 y 123-125

(77) Mariño de Lovera. Obra citada, páginas 70-73.

(78) Obra citada, página 23.

(79) Obra citada, páginas 73–74.

(80), Vivar. Obra citada, página 57.

(81) Obra citada, página 112.

---:---

13.- LA MUERTE DE MICHIMALONCO

La ocupación del valle del Bío-Bío.— Fundación de la ciudad de Concepción.— Asesinato de Michimalonco en un reconocimiento de Arauco, en la primavera de 1550.— Las tropas de Michimalonco siguen luchando al lado de los españoles.— Ocupación del territorio hasta el valle del Río Bueno.— La expedición de Villagrán desde Cuzco por Tucumán y Cuyo es salvada por indios de Costuma.— Explotación de los lavaderos de oro de Quilacoja y Rere.— La batalla de Tucapel.— En Marihueno caen 3.000 guerreros de Michimalonco.

Pedro de Valdivia sufrió un grave accidente mientras realizaba ejercicios con las tropas que iban a acompañarlo al sur. Vivar informa que “andando escaramuzando, cayó el caballo con el gobernador y dió tan gran golpe con el pié derecho, que se hizo pedazos todos los huesos del dedo grande. Salió la choquezuela y, con la fuerza que hizo, rompió el hueso, la calza y una bota... Estuvo gran espacio... sin sentido, de modo que todos los que allí nos hallamos lo tuvimos por difunto... Estuvo tres meses en cura, en la cama... Se hacían plegarias y procesiones por su salud” (82).

No antes de fines de año pudo emprender la expedición. Lo “llevaban 4 negros y a veces 6 indios” en unas andas. Sólo al llegar al río Itata pudo montar otra vez el caballo, pero quedó manco por toda la vida.

Se dirigió del vado del Itata hacia el suroriente, cruzando el río Nivequetén (de nihue= con fuerza y quetén= desde aquí hasta allá, lo que se refiere a la parte tormentosa existente aguas abajo de su famoso salto), llamado ahora Laja, y llegó al Bío-Bío el 24 de enero de 1550 un destacamento.

Pasó en balsas de carrizo a su orilla austral, y después el río se vadeó en Negrete y en San Carlos de Purén desde donde el propio Valdivia reconoció la comarca de Angol durante dos días. Hubo en todas partes combates con los araucanos. En seguida se dirigió por la orilla boreal del río hasta el sitio en que se encuentra ahora la ciudad de Concepción. Acampó a orillas de “una pequeña laguna de agua dulce” (la Redonda o la de Las Tres Pascualas).

En la segunda noche fue atacado por un numeroso ejército araucano al mando de Ainavillo (de aina= amado y huiyu= el huioi una ave cantora). La contienda fue muy brava y terminó con la fuga de los araucanos, que fueron perseguidos, según Góngora, por “300 yanaconas de Santiago” (83), que eran las tropas auxiliares de Michimalonco. De los españoles, 60 quedaron heridos, como también 100 caballos (84).

Valdivia se dirigió en seguida a la bahía de Concepción, con el fin de fundar la ciudad de este

nombre en la rada de Penco. En primer lugar construyó sólo un fuerte para defenderse contra nuevos ataques araucanos.

Efectivamente, el 12 de marzo se presentó por segunda vez Ainavillo a la cabeza de 60.000 conas. Nuevamente fue vencido, “muriendo 300 indios y prendiéndose más de 200. De aquéstos el gobernador mandó castigar, que fue cortarles las narices y manos derechas” (85).

En el fuerte, el ejército fue abastecido por la armada de Pastene, formada por “una galera y un navío pequeño”, que reconocieron las islas de Santa María y Amuchna (= de los Muertos), topónimo castellanizado pronto en Mocha. (86)

El ejército invernaó en el fuerte de Concepción. En la primavera de 1550 ordenó el gobernador a Jerónimo de Alderete que realizara por la costa un reconocimiento al sur del Bío-Bío, mientras que Pastene hiciera otro por el mar, manteniendo contacto las dos expediciones.

Rosales, quien informa que Michimalonco y muchos otros caciques se sometieron a Valdivia cuando éste regresó del Perú, afirma que recomendó a aquel “que se guardase de la recaída, que es lo peor de la enfermedad” (87). Confirma la noticia de Mariño de Lovera,

de que Michimalonco se ofreció a acompañar al gobernador a la región austral y que fue designado jefe de las fuerzas auxiliares.

En contradicción con Mariño de Lovera, quien afirma enfáticamente que éste guardó a Valdivia la más absoluta lealtad, como ya se expuso, da Rosales la siguiente información sobre él; “Llevaron consigo (las tropas de Alderete, al avanzar al sur del Bío-Bío hasta la reducción de Colocolo), a Michimalonco, por ser hombre de dudosa fe, y de quien tuvieron recelos de que ocultamente incitaba a los que de nuevo habían dado la paz en Penco, a que se rebelasen. Confirmóse la sospecha y su mal ánimo, y porque luego que llegó a sus tierras trató otra vez de alzarse, comunicando a los suyos el trato que dejaba hecho con Unavilu (Ainavillo) para que a su tiempo se rebelasen los indios de Santiago y de Concepción, y dándose la mano los unos a los otros, diesen de mano a los españoles y los acabasen a todos. Averiguada la traición de Michimalonco, le quitó la vida Alderete y aseguró la paz y quietud de las ciudades”. (88)

Esta noticia, que no se encuentra en otras fuentes contemporáneas, explica, sin embargo, por qué motivos ni Vivar, ni Mariño de Lovera, ni Góngora Marmolejo mencionan a Michimalonco después de su actuación en la batalla librada en el terreno de la actual ciudad de Concepción, lo que sólo se debe a

haber sido eliminado en la acción que relata Rosales.

Por otra parte, la circunstancia de que ni Vivar ni Góngora lo califiquen como traidor y que Mariño de Lovera, por el contrario, destaque su absoluta lealtad para con Valdivia, comprueba de que los contemporáneos no aprobaron el asesinato del caudillo araucano, por no considerarlo justificado.

Por falta de documentos que digan lo contrario, es pues, preciso aceptar que Michimalonco fue asesinado durante la expedición de Alderete al sur del Bío-Bío, realizada en la primavera de 1550.

Es, naturalmente, inoficioso calificar intenciones. Desde un punto de vista general, de acuerdo con lo ocurrido anteriormente, muchos españoles estaban sin duda en lo cierto al desconfiar del caudillo araucano. Se había sometido después de haber conquistado don Pedro de Valdivia su fortaleza en Custuma, prometiéndole guardar la paz, no obstante lo cual había atacado y destruido Santiago, y encarnaba en su persona la resistencia contra los españoles en la región central del país. Muchos de los compañeros del conquistador habían sufrido en carne propia los efectos de las guerras desencadenadas por aquel toqui.

Observando, ellos ahora en Concepción, la formidable

resistencia presentada por los araucanos, dominada — según los españoles— sólo gracias a la cooperación divina, a igual que en la defensa de Santiago, es explicable que muchos de ellos argumentaran que Michimalonco y Ainavillo representaban un evidente peligro, pues si se unían y continuaban la sublevación simultáneamente en todo el territorio desde el río Aconcagua hasta la Araucanía, les parecía muy dudoso que se pudiera conservar el dominio español. En verdad tal opinión no carecía de fundamento, y sería irreal negar ese peligro.

De estos antecedentes fluye que la eliminación de Michimalonco obedeció a tales consideraciones. Fue obra del odio que le tenían ciertos españoles por sus actos y del peligro que otros atribuían a su supervivencia. Difícil será establecer si don Pedro de Valdivia estaba de acuerdo con esos razonamientos, pero es posible que lo haya aprobado, como parece desprenderse de su advertencia acerca de las “recaídas”.

Por otra parte, sin embargo, es también un hecho irrefutable que el asesinato de Michimalonco careció totalmente de fundamento.

Nuevamente debe rechazarse el error de querer calificar intenciones, pues se carece de documentos para poder hacerlo: Es preciso atenerse a los

acontecimientos. Y ellos hablan un lenguaje absolutamente inequívoco a favor y no en contra de Michimalonco: desde su convenio de convivencia con don Pedro de Valdivia no hubo ni siquiera el más leve conato de alzamiento en toda la región central del país, ni dejaron de cumplir las tropas de Michimalonco su deber durante toda la campaña aún posteriormente a su asesinato.

Acompañaron a don Pedro de Valdivia en su expedición al sur del Bío-Bío, desde fines de febrero de 1551, que culminó con la fundación de la cuarta ciudad española en el país, de La Imperial. El invierno de ese año lo pasó el gobernador en Concepción (ahora ya organizada como ciudad, con cabildo propio).

Allá o alcanzó el capitán Maldonado, emisario de don Francisco de Villagrán, que se encontraba en Uspallata con refuerzos aportados desde el Perú por Tucumán. Vivar da una descripción muy detallada de esa expedición (89). Informa que en Cuyo “siembran mucho maíz y frejoles y quinoa; poseen muchos guanacos (llamas)... y sus vestiduras son de lana. También hay acequias muy buenas”.

Villagrán avanzó más hacia el sur, hasta “un río que se dice Diamante”, zona en que vivía “poca gente..., donde halló un mármol hincado en el suelo, de

estatura de un hombre. Preguntado a los indios que qué era aquello, dijeron que los incas... llegaron allí y que, en memoria que habían conquistado hasta el río, pusieron aquella señal, y de aquí dieron vuelta”.

La causa de no haber seguido adelante, fue seguramente la misma que indujo a Villagrán a regresar al norte: las precipitaciones disminuyen rápidamente hacia el sur, y el ecúmene se transforma en un semi-desierto.

En Mendoza, “sitio apacible y abundante en mantenimiento” —informa Mariño de Lovera, quien llegó a Chile con esa expedición— “hicieron alto... Fatigados del calor, que suele ser recio (allá), fabricaron unas casillas pequeñas... prendió fuego en una casa, y fue cundiendo tan lijeramente que las abrazó con todo lo que había dentro, sin dejar albaja que no se quemase, quedando todos desnudos... De los caballos que traían se quemaron algunos”. (90)

Estaban en una situación angustiosa. El invierno de 1551 ya había entrado. Villagrán se encontraba con 180 españoles y 400 caballos carente de víveres. Intentó pasar a Chile por el Camino del Inca que remontaba el cajón del río Mendoza, pero llegó solamente hasta Uspallata. Más allá, el sendero estaba cubierto de nieve. El capitán Diego Maldonado se ofreció para intentar cruzar la cordillera nevada con 8

jinetes, a fin de informar a don Pedro de Valdivia sobre la situación en que se encontraban las tropas al otro lado de ella. tuxo éxito y se apresuró a llegar a Concepción, con dos jinetes, donde se encontraba el Gobernador.

Este ordenó a Villagrán “estuviese asitiado con su campo en donde más seguro pudiese estar y que mandase recoger de la comarca todo el bastimento que pudiese, y no pasasen hasta diciembre, que es tiempo que más seguro se puede pasar la nieve”. Le agregó que tratase de llegar personalmente donde Villagrán, pero que, si no lo permitiesen las condiciones de la cordillera, “en todas maneras tratase (lograrlo) con indios de Aconcagua, que acostumbraban pasar (también) en invierno”. Al llegar a Aconcagua, los indios de la reducción de Michimalonco le informaron “que había mucha nieve en la cordillera, pero (que) no obstante... ellos pasarían las cartas y las darían al capitán Francisco de Villagrán”. Así se hizo (91).

Cuando Maldonado se había ido ya de Concepción, Valdivia ordenó a Rodrigo de Quiroga, su teniente, que estaba en Santiago, que “toda la más comida que pudiese (la) llevase al valle de Aconcagua y la pusiese al pie de la cordillera”.

Villagrán se encontraba en Uspallata (a “8 o 9 leguas

dentro de la cordillera”, informa Vivar) en situación desesperada, pues carecía de abastecimientos. Por eso, “despachó aquellos indios donde estaba el capitán Maldonado, y con ellos envió un yanacona suyo, para que le próveyesen de alguna comida, porque traían gran necesidad (de ella), que había tres días que se le había acabado. Tardó este yanacona en volver con la comida (desde el curso superior del río Aconcagua) dos días y dos noches”. Mandó Villagrán “que aquella comida la pasasen a los de la rezaga, que traían más necesidad. Tomó este yanacona e hizo otro camino, que fue harto alivio para los españoles, y así pasó la cordillera sin perder más de dos esclavos y dos caballos”.

Esta hazaña, de haber abastecido de víveres a través de la cordillera, en pleno invierno, a 10 españoles y un número considerable de yanaconas peruanos, es un hecho que se ignoraba antes de la publicación de la “Crónica” de Vivar, aún cuando Mariño de Lovera alude a ella. Los indios de la reducción de Michimalonco tuvieron parte en ella, pues tenían a su cargo la atención del Camino del Inca a Cuyo. (92)

Finalmente —agrega Vivar— “fue Dios servido hacerles buen tiempo”, y Villagrán pudo cruzar la cordillera el 15 de septiembre.

Si bien el número total de los participantes era

probablemente inferior al de los que formaban en 1817 el Ejército Libertador (aún considerando las tropas auxiliares que acompañaban a Villagrán), debe tenerse en cuenta que el abastecimiento de ellos se realizó en pleno invierno a través de la cordillera nevada y que el paso se realizó en septiembre, temporada muy temprana, de modo que se trató de una de las más notables proezas andinas.

El ejército formado por Michimalonco acompañó a don Pedro de Valdivia en 1552 en su expedición a la fundación de una ciudad que recibió su nombre por el apellido del conquistador y en la exploración del valle del Río Bueno, hasta el lago Ranco; y actuó en la organización de los lavaderos de oro de Quilacoya, que resultaron mucho más productivos que los de Marga.

Para su explotación, el gobernador empleó los indios de una encomienda que él mismo se concedió y que comprendía el Lafquén Butan Mapu, o sea, el territorio situado al poniente de la Cordillera de La Costa entre los ríos Bío-Bío y La Imperial. Sacó de ella más de 12.000 indios para explotar aquellos placeres, según informa Vivar, (93) y Mariño de Lovera agrega que “sacaban cada día pasadas de 200 libras de oro, lo cual certifica el autor como testigo”, o sea, tanto como Miahimalonco entregó al gobernador como presente cuando se sometió a él. (94)

Como consecuencia de esa ocupación de los indios en los placeres auríferos, se generó el gran levantamiento araucano en aquel Butan Mapu, que don Pedro de Valdivia trató de sofocar personalmente, dirigiéndose a la cabeza de 40 hombres a Tucapel, fortín que creía amenazado, pero que en realidad ya estaba destruido por Caupolicán.

Aún considerando que Juan Gómez de Almagro, de Nueva Imperial, había recibido la orden de juntarse con él el domingo 27 de diciembre en Tucapel, (95) en un movimiento envolvente, el número total de los españoles de que podía disponer no alcanzaba a 60 hombres.

Los historiadores han criticado a Valdivia por haber emprendido una acción represiva contra ingentes fuerzas araucanas con tan exiguas fuerzas. No han prestado atención, sin embargo, a que disponía, adicionalmente, de un numerosísimo ejército de fuerzas picunches auxiliares, preparadas por Michimalonco.

No corresponde entrar en este lugar a analizar las operaciones bélicas de Tucapel, ni las que siguieron a aquel desastre, en que perdiera la vida el conquistador del país, junto a todos los compañeros de armas que participaron en la contienda. Las fuentes apenas mencionan a las tropas auxiliares que

participaron en la batalla. Vivar, al relatarla, menciona que “me informé de yanaconas ladinos e indios que allí se hallaron y escaparon”, sin precisar ningún número. En todo caso, es evidente que reconoce que participaron en la acción. (96)

Pero alguna luz se proyecta sobre el número de los araucanos que había comandado Michimalonco al relatar Vivar los hechos que ocurrieron inmediatamente después de aquella batalla.

Haciendo un esfuerzo realmente casi sobrehumano, Villagrán trató de contener el avance de los araucanos sobre la plaza de Concepción y marchó con las fuerzas que le fue posible concretar, en contra de ellos. El choque ocurrió en la cuesta de Marihueno (conocida hoy día, también con el nombre de Villagrán), al sur de Lota, y en el los españoles sufrieron una segunda derrota de proporciones a fines de febrero de 1554.

Tuvieron que huir del campo de batalla y retroceder a Concepción.

Con este motivo, recibimos por primera vez una información clara. “Llegaron al Bío-Bío —informa Vivar— a media noche y, mirando (pasando revista a) los españoles que iban, hallaron (que eran) 70 y (que) quedaron muertos 90 y más de 3.000 piezas de servicio”, es decir, guerreros de las tropas de

Michimalonco. Sin considerar las pérdidas que ellos habían experimentado en todas las batallas anteriores, sobre todo en la de Tucapel, ellas sumaron en Marihueno más de 3.000. (97)

Este dato, irrefutable y fehaciente, por la fuente de que proviene, proyecta nuevas luces sobre la historia de aquella época.

¡“Más de 3.000 piezas de servicio” muertas en aquella batalla, es decir, conas de Michimalonco, asesinado tres años antes, al sur del Bío-Bío, en la primera incursión española a la Araucanía!

Es decir, muchos más que los caídos cuando Don Pedro de Valdivia conquistó la fortaleza de Michimalonco en Taucalán, o cuando éste trató de arrebatar Santiago a los españoles.

¿Puede concebirse una apoteosis más gloriosa para aquel toqui general? ¿Puede refutarse en forma más contundente lo que Rosales informa acerca de sus intenciones?

Y ya no se trataba de una sumisión o de un servicio de esclavos. Michimalonco había convencido a sus compatriotas de las excelsitudes de los ideales que perseguía don Pedro: iba a nacer una nueva nación que fusionaría a la mapuche con la española, iba a

surgir una nueva cultura, que conservaría los valores de ambas progenitoras, dando origen a una nueva.

Es lo que don Pedro de Valdivia no se había cansado de expresar en sus cartas y discursos y que este excepcional araucano había comprendido, haciéndolo suyo.

Su trayectoria no había sido sencilla. También él había combatido a los forasteros, como ahora lo estaban haciendo Caupolicán y Lautaro, y como continuarían haciéndolo miles de otros toquis... hasta nuestros días.

Michimalonco, sin embargo, estaba convencido de que ese camino era el del suicidio. No iba a permitir la sobrevivencia de los araucanos, en que él estaba interesado.

Pero, para que una idea llegue a ser realidad, no basta con que las partes estén convencidas de su conveniencia. Sólo condiciones especialísimas permitieron que en Chile se realizare un ideal que vislumbraron don Pedro de Valdivia y el curaca Michimalonco, pero que, fuera de este país, apenas se manifiesta, pues las dos partes —la española y la indígena— parecen todavía tan opuestas y distantes como en los inicios de la historia.

Entre las condiciones que hicieron posible esa fusión, cabe destacar estas: no hubo en Chile, como en México y el Perú, una deslumbrante riqueza que separara a los pueblos; hubo en cambio, esa terrible guerra de Arauco que unía a todos los que vivían al norte del Bío-Bío fueran indios o españoles.

La falta de exuberantes riquezas acercó a las dos partes: el español se hizo campesino, se “ahuasó” y así su rústica cultura estaba al alcance del indio y fue asimilada por él, todo lo cual favoreció la amalgama. Pero la guerra de Arauco -no despreciemos el adagio griego de que la guerra es la madre de todas las cosas- creó, adicionalmente, una auténtica comunidad de cuantos vivían al norte del Bío-Bío, ya fueran españoles o mapuches: la sobrevivencia se transformó para los unos y los otros en un problema de vida o muerte, y, lógicamente, ambos estaban interesados en conservarse.

De este modo, la guerra de los araucanos que vivían al sur del Bío-Bío fusionó a los radicados al norte de ese río con los españoles.

Pero trátase de hechos ocurridos mucho más tarde que en el breve lapso de menos de un cuarto de siglo que aquí hemos analizado. Su importancia no consiste en haber ocurrido en él la plenitud de lo que soñaron sus protagonistas: don Pedro de Valdivia y el toqui

Michimalonco, Ambos pagaron con su vida lo que anhelaban, pero ellos fueron los fundadores, quienes establecieron las bases sobre las cuales surgiría más tarde una nueva nación: la chilena. Su gran mérito consiste en haberla soñado.

Fin

(82) Obra citada, página 13.

(83) Obra citada, página 22.

(84) Vivar. Obra citada, página 142.

(85) Vivar. Obra citada, página 144.

(86) Vivar. Obra citada, página 148, la llama Amocha. El nombre se deriva de am= alma de muerto y uchran= levantarse, ponerse de pie (resucitar). Según las creencias araucanas, las almas de los fallecidos se dirigían a una isla situada en el poniente, en el Océano Pacífico: Vivar ha dejado en claro que se trataba de la de Amuchna, actual Mocha.

(87) Obra citada, página 432.

(88) Obra citada, página 446.

(89) Obra citada, páginas 161—152 y 161—165.

(90) Obra citada, páginas 105—110 y 133—135. En la página 110 escribe Mariño de Lovera que el incendio ocurrido fue un castigo divino por el mal tratamiento que los españoles dieron al cacique Lindo, de Cuyo: éste “los había regalado, sin debérselo”, pero en

retribución lo quemaron “a él dentro de su casa. Yo al menos bien me acuerdo de ello, y el Señor del Cielo no se olvida” de las malas obras. De esto se desprende que el autor llegó a Chile con esa expedición. En la misma página se encuentra lo citado en el texto sobre Mendoza.

(91) Vivar. Obra citada, páginas 151—152.

(92) Vivar describe extensamente la expedición de Villagrán en las páginas 141–165 de su obra. El abastecimiento del ejército desde Aconcagua e través de la cordillera nevada está descrito en la página 157.

(93) Obra citada, página 169. La explotación de aquellos lavaderos sólo se inició en 1553.

(94) Obra citada, página 114.

(95) Como ocurre también con otros párrafos, el texto de Vivar se encuentra corrompido al indicar la fecha del combate de Tucapel. En la página 170 se lee: “Amaneció primero domingo de Pascua de Navidad y primer día del año de 1554”. Pascua de Navidad (26 de diciembre) fue en 1563 un día viernes; el primer domingo que le siguió, día en que Valdivia había citado a Gómez de Almagro para reunirse con él en Tucapel, era el 27 de diciembre, día en que se libró el combate. Mariño de Lovera da esta misma fecha. El primer día de 1554 fue el viernes siguiente.

(96) Obra citada, página 171.

(97) Vivar. Obra citada, página 177.

---:---

Bibliografía

BARROS ARANA, DIEGO.— “Historia General de Chile”, 2ª edición, Santiago 1930, tomo 1

ENCINA FRANCISCO ANTONIO.— “Historia de Chile”, Santiago 1940, tomo I.

ERCILLA, ALONSO DE— “La Araucana”. (Numerosas ediciones).

ERIZE, ESTEBAN— “Diccionario comentado mapuche-español”. Buenos Aires 1960.

ESPEJO, JUAN LUIS — “Colección de títulos de predios rústicos de Aconcagua durante la Colonia”. (Inédito)

GONGORA MARMOLEJO, ALONSO DE.— “Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el 1575”. Santiago 1862.

GARCILASO DE LA VEGA— “Comentarios Reales”. Ed. Buenos Aires 1945.

GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO— “Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile”. Santiago 1890.

HERRERA, ANTONIO DE— “Historia general de los hechos de los castellanos en las Indias”. Varias ediciones (contiene un extracto de la “Crónica” de Cieza de León referente a, la expedición, de Almagro a Chile, que se encuentra perdida).

KELLER CARLOS— Los orígenes de Quillota. Santiago 1960.

KELLER CARLOS— Introducción a “Los aborígenes de Chile” de

José Toribio Medina. Santiago 1952.

LARRAIN, CARLOS J.— Diego García de Cáceres, el conquistador. Biografía, en: Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 65, Santiago 1961, páginas 31—113.

MARIÑO DE LOVERA, PEDRO— “Crónica del Reino de Chile”. Santiago 1865.

MEDINA, JOSE TORIBIO— “Documentos Inéditos para la Historia de Chile”. 378 tomos (sólo en una pequeña parte publicados).

MEDINA, JOSE TORIBIO— “Los aborígenes de Chile”. Santiago 1952.

MOLINA CRISTOBAL DE— “Conquista y Población del Perú”. Santiago 1873 (en Colección de Documentos Inéditos relativos a la historia de América).

OVIEDO, GONZALO FERNANDES DE—“Historia General de las Indias” (varias ediciones).

ROSALES, DIEGO DE— “Historia General del Reino de Chile”, Flandes Indiano, 3 tomos. Valparaíso 1877 - 1878.

THAYER OJEDA, LUIS— “Formación de la sociedad chilena”. 2 tomos. Santiago 1939.

VALDIVIA, PEDRO DE— “Cartas”. Santiago 1953 (Hay Otras ediciones).

VIVAR, JERONIMO DE— “Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile”. Santiago 1966.

Este libro se terminó de imprimir en Diciembre de 1975 en la imprenta Artes y Letras de Gustavo E. Avaria Pemjeam, Emilio Delporte 1240, Santiago, Chile

---oOo---